

MEMORIALIA DEL SOL

Enrique González Rojo Arthur

2000

EN TORNO A LA MEMORALIA DEL SOL DE ENRIQUE

No me mueve la gratitud al escribir estas líneas. Cada vez que puedo digo en voz muy alta la deuda que tengo con Enrique. Él abrió para mí las puertas de la poesía. Él me dijo se escribe así. Tomó el poema por las patitas y lo extendió delante de mí para que observara su corpúsculo, sus antenas, la estructura que lo conforma, el aliento que misteriosamente le da vida. Por cierto esa deferencia no nada más la tuvo hacia mí, Muchos de sus vástagos de aquellos años de asombro y vulnerabilidad -¿1978, 1979?- podrían decir lo mismo.

No me mueve la lisonja --que suele mover montañas- al escribir estas líneas. Que se la merece Enrique es otra cosa. Desde tiempos inmemoriales ha sido hábito y plan con maña hacerle la barba a un poeta. Ponerle su alfombra roja por donde pasa. Colocarle su corona y, si se puede, darle su beca. ¿Pero por qué Enrique González Rojo Arthur iba a ser lisonjeado? ¿Basta ser buen poeta para merecerlo? He ahí el punto: que la lisonja inequívocamente va de la mano de la sospecha. ¿Con que esas tenemos, eh?, diría socarronamente cualquiera con dos dedos de frente.

Más bien escribo estas líneas porque -voy a decir algo bien cursi, pero ni modo- mi corazón está que no se la acaba. Ver publicada dignamente la *Memorialia del sol* de Enrique es un acto de justicia poética. Para quienes somos lectores de este hombre, sabíamos que tarde o temprano iba a ocurrir. Porque quiérase o no las cosas finalmente terminan acomodándose por sí solas. Y de la mejor manera. En efecto, uno tras otro los libros de Enrique veían la luz para buscar su lugar en el librero. De pronto estaban ahí, plenos de vida y mensajes cifrados. En fin, lucían muy bien. Alineados, como dispuestos al ataque. Más aún, se les veía crecer lianas y enredarse entre sí hasta construir una unidad. Que eso es la poesía de Enrique González Rojo. Un sólido andamiaje, una montaña desde la cual es

posible ver el horizonte humano en sus más vastos matices. Pero faltaba la *Memorialia del sol*, quizá su libro más ambicioso. Libro único en la poesía mexicana porque no está hecho con referencias, citas o alusiones exteriores y pintoresquistas a la mitología azteca, sino embebiéndose en ella, sumergiéndose, identificándose con su simbología recreada para expresarse y expresarnos.

Cualquier amable lector que esté leyendo estas líneas seguramente dirá: vaya, sí que Eusebio conoce a Enrique. Y yo podría responderle: sí y no. Exactamente como responden las mujeres cuando uno les pregunta cualquier cosa, si quieren o no quieren, si se les antoja o no se les antoja, entonces entornan sus ojitos y dicen sí y no; o bien: sí pero no, no pero sí. Pero no me quiero desviar del tema porque este asunto de las mujeres puede hacerle perder la cabeza a más de uno; aunque viéndolo bien qué bueno que vino a colación porque Enrique oye la palabra mujeres, o le llega el aroma de una mujer, simple y llanamente una mujer se cruza en su camino y todo él se vuelve un poema amoroso. Tal vez por eso el amor, la mujer, el erotismo son constantes de su poesía y reaparecen ahora en la *Memorialia*. El poeta abreva de la belleza. El poeta advierte la belleza y se arrodilla. Sabe que ahí puede inclinarse y beber. Comprimir el mundo en unas cuantas gotas y llevárselo a la boca. Con eso sacia su sed de belleza y de vida, o de vida y belleza, como se quiera. Eso hace Enrique González Rojo. Lo hace por él y por nosotros. Por eso el lector siente de inmediato que ese poeta le habla con voz fidedigna y entrañable. Ahí hay un poeta, se dice. Cierra el libro y suspira de satisfacción. De deleite.

Deleite tiene que ver con encantamiento. Porque donde se abra el libro, donde se abra cualquiera de estos poemas que recrean la mitología nahuatl, el deleite es el mismo. Leer a Enrique produce una suerte de encantamiento, de fascinación. La suya es una poesía

que transcurre en un cauce de pronto apacible y de pronto tortuoso, pero siempre espléndido. Como imantado de una luz que nos anunciara la fiesta literaria. He escuchado a Enrique decenas de veces leer su poesía. Y quiero decir ahora que él ha encontrado un encabalgamiento entre la poesía oral y la poesía escrita, quiero decir, que lo mismo envuelve al lector con ésta que con aquélla. Como si la misma música permeara ambos acontecimientos poéticos. Esto es difícil, porque hay definitivamente cierta poesía que es incomprendible dicha en voz alta. Tampoco le estoy aumentando o restando méritos a la una o a la otra, simplemente celebro las virtudes que a mí me parecen insoslayables de la poesía de Enrique González Rojo.

Y digo que lo conozco y no lo conozco porque Enrique es inusitado. Como su misma poesía, que va de un recurso poético a otro, de una forma a otra, de un tema a otro. Es como un grifo que abriera uno y que no supiera si aquel líquido habrá de ser azul, verde o quizá transparente. Tal vez por su formación de filósofo, o por la curiosidad innata que rubrica cada acto de su vida, cada inclinación suya, son incontables los temas que bullen en la poesía de Enrique. Como si se asomara uno a la historia del hombre. Ahora nos habla de las alas y las raíces de un mito. Ahora se arroja y se hace uno con las voces más añejas, claras y oscuras, de nuestro pasado cultural. Pero, cuidado, que esto no significa vulgar erudición. Pues si algo distingue a la poesía de González Rojo es esa frescura que le torna cercana, familiar. Un ludismo que la recorre de principio a fin. Que, por otro lado, la aleja de esa pesada carga de solemnidad que parece llevar a cuestas la poesía mexicana.

Celebro tener este libro en las manos. Y celebro que otro hombre lea estas líneas. Porque un libro, todo libro, este libro, significa la conjunción de aquellas afinidades electivas de que hablara el sabio

alemán. Un libro reúne sueños, trabajo, disciplina. Un libro es el blanco en el cual coinciden las miradas y las pasiones. Un libro es el principio de una amistad, una amistad en tránsito y la reafirmación de otra. En esta poesía de Enrique lo veo a él, escucho su voz. Me miro a mí oyéndolo, siguiendo su ejemplo.

Porque antes que un hombre de letras, Enrique es un artista. Como todo aquel que ha prodigado alivio y alegría a un corazón afligido. Que es el que distingue a los lectores de poesía.

Eusebio Ruvalcaba

HOMO FABER

Algunos creen que en cierta ocasión
 la divinidad (que normalmente trabaja,
 para diseñar sus entramados de ser,
 con la rueda de la nada)
 se inclinó al suelo
 e hizo con el cuenco de sus manos
 un vientrecillo de arcilla
 donde pudiera ponerse a ser
 el primer mocoso, confuso y angustiado,
 de la especie.
 Después dirigió una mirada a un espejo,
 con la intención de forjar a la criatura
 a su imagen y semejanza.
 Y al final, lanzó su aliento
 -airecillo de alma,
 volutas de conciencia,
 notas de la melodía infinita-
 sobre el trozo de barro.
 A partir de entonces,
 la carne fue otro modo de llamar a una prisión
 y la muerte otra forma de designar
 el fin de una condena.

Otros piensan que el hombre
 es quien a veces decide hacer suyas
 las manos de Dios.
 Que él es antes que nada un hacedor:
 hace mesas, casas,
 jardines,
 computadoras,
 sonatas para piano,
 dioses.
 Lo sobrenatural nace, para ellos,
 del delirio
 de las manos humanas.
 Brota cuando las falanges
 modelan el barro del incienso
 hasta darle forma de deidad
 y llenan su casa
 con el don de ubicuidad de su perfume.
 O esculpen la arcilla de su propia materia gris
 hasta dar a luz
 el padre nuestro que estás
 en los sueños.

Los **mexicas**, con sus creencias
 antropofórficas, tan enraizadas
 en su cotidianidad
 -como árboles florecidos de constelaciones-
 se diría que dan la razón a los segundos.

Incluso al parecer concibieron en algún momento
a un solo Dios.
Se declararon huérfanos
y volvieron los ojos al firmamento:
la expresión **Tloque nahuaque** significa
“aquel que tiene todo en sí”
o, si se prefiere, “el ente responsable de lo que es”.

Arriba, muy arriba,
existía un sitio llamado **Omeyotl**,
“lugar de la dualidad”
o también **Omeyocan**,
“lugar donde reside la deidad creadora”.
Patria del semen primigenio,
ahí tenían lugar las perpetuas bodas de la simetría,
el abrazo sin fin de donde viene
la existencia.
En él habitaba el **Ometeotl**
cuya parte masculina se llamaba **Ometecutli**
y **Omecihuatl** su parte femenina.
El **nahoa** no podía concebir
que “aquel que tiene todo en sí”
sufriera de soledad y soltería en alto cielo.
La suya, no podía ser
una metafísica sin regazo.

Taller último de los óvulos encinta
o de la dualidad que se pasea
por todos los rincones de lo que es,
el **Ometeotl** tenía dos personas distintas,
aunque era un único Dios verdadero.
Se trataba del misterio de la santísima dualidad,
del Dios uno y doble

o del ventrículo izquierdo y el ventrículo derecho del
sagrado corazón

MITOLOGÍA DEL TIEMPO

PROEMIO

No es lo mismo crear una lombriz
 que una serpiente,
 una pajarita de papel aventada desde un árbol
 que una calandria,
 un jardín con su instalación eléctrica de cocuyos
 que un cielo tachonado de claraboyas
 que dan al más allá.
 ¡Cómo va a ser lo mismo!
 Las pequeñas cosas,
 las que caben, por ejemplo, en la mano de un niño,
 las que estuvieron a punto de ser dejadas
 de la mano de Dios
 en algún suburbio de la inexistencia,
 o que pueden introducirse en una cajetilla
 de cerillos,
 no son hechura del dios supremo de los **mexicas**
 que vive en el palacio de su omnipotencia
 rodeado de una corte
 de designios inefables;
 son a lo más obras de una deidad endeble,
 precaria,
 anémica,
 hasta quizás con reumas en las manos
 y con una imaginación que al aletear
 se deshace entre las alas.

Las cosas grandes,
 las portentosas,
 las que ocupan los litorales exactos del asombro,
 las que pueden formar parte
 de cualquier catálogo de maravillas,
 exigen obligatoriamente,
 para meter los pies en la existencia,
 un dios de alto rango,
 elevado a la infinita potencia
 de lo sobrenatural.
 No es, pues, lo mismo idear una lombriz
 -que no sabe nada del cielo-
 que una serpiente emplumada
 que en veces aletea,
 ni es la misma deidad la que fabrica,
 verbigracia, dos cosas tan dispares
 como el verso que despliega por las ramas de un árbol
 algún pájaro
 y la prosa que en la tierra y en el lodo
 va empujando un gusano.

El Tloque Nahuaque,

“el de la inmediata vecindad”,
 el a un tiempo habitante
 y vecino del todo,
 era demasiado dios para cosas,
 animales y hombres destinados
 a encarnar en la insignificancia
 y bajo el signo de lo prescindible.
 Incluso no pocas deidades subalternas
 -estrellas, si,
 pero de pocas luces
 y parpadeos tendientes al cero
 de la oscuridad-
 resultaban indignas
 de sus divinas manos.
 ¡Cómo malgastar su inspiración,
 su artesanía sublime,
 su fajo de ademanes preciosos,
 en divinidades de segunda
 que buscaban, entre el cielo y la tierra,
 en la mediocridad,
 un hueco donde acurrucarse!

El **Ometeotl**

creó a los cuatro dioses principales:
 el **Tezcatlipoca** negro,
 el **Tezcatlipoca** rojo,
Quetzalcoatl
 y **Huitzilopochtli**.
 Primera cosecha de divinidades,
 estos cuatro poderosos del cielo,
 eran, simultáneamente,
 criaturas y creadores:
 criaturas o herramientas del artífice absoluto
 para ya no tener que ocuparse
 del telar metafísico y su madeja de horas
 que produce bordados de líneas de la vida
 en todo lo habido y por haber.
 Creadores, cuando los cuatro grandes
 extendieron por el firmamento,
 como agricultores en la gleba divina,
 la constelación completa de dioses,
 el horóscopo del mito,
 amén de las cosas, los animales,
 los hombres y mujeres
 que le brotan como hongos a la palabra
 vida.

Si el **Ometecutli**, la parte masculina
 del primigenio dios dual,
 se hallaba arriba, en la techumbre azul,
 la **Omecihuatl**, su parte femenina,
 se encontraba abajo,
 asumiendo ambos la postura cósmica
 en que se redondeaban
 las urgencias y el goce,
 el apetito gemelo,
 el erotismo que bate las alas
 hasta poner su huevo
 en el nido del éxtasis.

Los dioses fundamentales, a su vez,
 fueron distribuidos
 en los cuatro faros de la orientación:
Tezcatlipoca negro al norte,
Huitzilopochtli (Tezcatlipoca azul) al mediodía,
Tezcatlipoca rojo al este
 y Quetzalcoatl (Tezcatlipoca blanco) al oeste.
 Negro,
 azul,
 rojo,
 blanco
 eran no sólo las vivencias principales
 del espectro,
 sino el pigmento de los dioses que,
 con la piel embadurnada con brochazos
 de diversas fases del día,
 fueron ganados para su respectivo reino
 por cada uno de los colores
 que después habrían de necesitar los inmortales
 para pintarlo todo.

Dos de las deidades,
Tezcatlipoca y Quetzalcoatl,
 desde que vieron la luz
 fueron encadenados por un odio
 que tomó lecciones de eternidad
 en el mismísimo cielo:
 se diría que abrieron sus ojos
 más que en dos cunas,
 en dos trincheras distintas
 y que estuvieron amamantados
 por senos contrapunteados a muerte,
 por el día y la noche,
 por el arriba y el abajo,
 por el cielo y la tierra,
 por el águila y la serpiente.

Surgidos de vientres contrapuestos,
 antípodas y enemigos,
 o tal vez de las manos adversarias
 del dios inicial,
 nació, con ellos,
 con su encono de vieja cosecha,
 con su guerra mundial de cuna a cuna,
 con su musculatura cebada por el odio,
 el devenir del mundo,
 sus choques,
 sus cataclismos,
 sus borrones y cuenta nueva,
 sus recomienzos de nunca acabar,
 la crónica,
 en fin,
 del antiguo relato en que lo efímero

es la eminencia gris
de toda historia.

PRIMERO SOL

Urgía la presencia del sol.
 Era tal la oscuridad,
 el gigantesco muestrario de sombras,
 que los dioses no alcanzaban a ver las manos
 con que deseaban crear el mundo de piedras,
 estrellas, colibríes, lagartos
 y todas las metáforas del agua.

Urgía un sol.
 Un avispero de luz.
 Una voz que pusiera a los entes en su lugar,
 y zurciera el nombre de las cosas
 a las cosas.

Hipnotizado por el destino,
Tezcatlipoca,
 siguiendo los vericuetos de la resolución,
 hizo a un lado a manotazos las tinieblas,
 fue en pos del horizonte,
 al sitio donde pronto se hallarían trabajando
 los telares y telares de la aurora.
 Se enroscó, ensimismándose,
 hasta hacerse de la grávida forma
 de una llameante esfera que lleva a todas partes
 ese mapamundi de luz que guarda en sus entrañas
 en incesante cambio.
 Se acurrucó en la entrepiera del oriente.
 Tramitó su propio nacimiento,
 vivió en el paladar su primer bocado de atmósfera
 y, con su itinerario al hombro,
 olfateó el tramo inicial de su camino...

Cuando nació a sus ojos,
 cuando se supo en su puesto de trabajo,
 cuando derramó por todo el mundo
 su luz partera,
 todas las cosas nacieron,
 picaron el cascarón del anonimato
 e hicieron que se asomara la cabezuela
 de su distinción recién nacida,
 pasando del caos caliginoso
 de la existencia fetal
 -en que hasta su futuro nombre andaba a tientas-
 a su alumbramiento de nueva criatura

con contornos definidos y fronteras visibles
que dicen a grito pelado
las diferencias en primera persona
de su identidad.

Tezcatlipoca tenía un **nagual** o disfraz.

No era el águila que agujereaba el cielo.
Ni la serpiente que en la frontera del amago
hacía cascabelear su ponzoña.
Se llamaba tigre desde que capturaba
con las garras de sus ojos a su presa
hasta que, afilando sus uñas en el hambre,
arrancaba de un zarpazo
el nombre de su víctima.
Desde que emprendía un salto
hasta dar en el centro
de los más desgarradores alaridos
o desde que, al deslizarse, lucía
su piel astronómica, cercana y lejanísima,
manchada con un enjambre de estrellas titilantes,
hasta que se mostraba armado hasta los dientes,
las patas, el designio.

Por ahí, en los bosques, las grutas, las lagunas
triscaban los gigantes
nacidos de no sé qué delirio de grandeza de las manos
de algunos de los númenes menores.
Andaban como montículos errabundos y volubles,
descomunales pero llorosos, despilfarrando miedos,
estrenando miradas
en las vírgenes niñas de sus ojos,
interpretando los jeroglíficos de las nubes,
caminando con la debida torpeza
de una criatura formada sin ímpetus amorosos,
arrastrando sus huesos de mamut enfermo,
tropezando con sus propios pasos
como árboles solícitos que hubieran percibido
las voces y el reclamo exigente
de veredas solitarias
o que por nada o porque sí
decidieran abjurar de sus raíces,
levantar a dos piernas su deseo
y correr hacia sus pies...

Nómadas, no sabían
de las virtudes germinativas de la madre tierra,
ni habían advertido la necesidad de roturarla,
regarla de caricias, arañarla para que recordase su sexo.
Nada sabían de la simiente y su proyecto de vida,
de su presente encinta de promesa,
de los trámites necesarios requeridos
para que la potencia -que llega acompañada
del agua en minuatara de su semen-
fructificara en acto comestible.
Vivían de comer bellotas, flores, frutos

y las más diversas raíces de sabor oscuro.

Ante los ojillos encolerizados y deshechos en alas
de los colibríes,
y el temor precautorio encaramado
en multitud de ardillas

que brincan a las más altas ramas de su miedo,
los gigantes se agachaban o bajaban la mano
hacia los árboles frutales
y, revoloteando los dedos,
acababan por dejar el ramaje,
desierto e infructuoso,
con oquedades de acíbar en el sitio
que fuera de los frutos...

Quetzalcoatl,

con ánimo rebelde,
con un puño invisible a medio pecho,
furioso de que el sol sólo mostrase
-o dijera, en luz alta-
las miserias de tamañas criaturas,
miró al suelo,
tomó un palo de madera
que se amoldaba a la forma de su mano
y al cuenco de su furia,
y dio con él terrible bastonazo al dios oscuro
que cayó como un rayo que se viene a la tierra
con todo y firmamento...

La deidad, en el derrumbe,
no halló cómo evitar
la forma inesperada, brutal y dolorosa
de advenir su desgracia.
Ni supo conjurar
la astucia con que el dios enemigo
le arrebató los cielos de las manos.
Vivió pues su descenso,
su anonadamiento momentáneo de poderes
que resbalaron de su cuerpo en la caída,
su derrocamiento del trono
-que se quedó sin dueño a mitad del infinito-,
su efímero papel de estrella errante,
su estridente desplome de dios herido,
su caer al vacío bajo el peso creciente
de su vértigo.

Cayó al agua.
Al círculo concéntrico, infernal,
reservado al infortunio.
Se zambulló en su asfixia.
Soñó con el oxígeno: una bocanada de aire
llegó a ser para sus ansias
la entrada al paraíso.
Y estuvo a punto de sucumbir

si el tablón de un milagro -que improvisó su angustia-
 no hubiera venido en su auxilio
 con su reconfortante plática
 sobre la tierra firme.
 Chapoteó y chapoteó en los linderos mismos
 de su ansiedad.
 Y en la exaltación de su braceo,
 acabaron por desteñírsele
 los últimos vestigios amarillos y llameantes
 de su piel...

Vuelto tigre, acuerpado en su doble,
 husmeó la presencia y los pasos
 de los gigantes torpes
 que, asustados de todo
 -incluyendo sus palpitaciones-,
 pretendían ocultarse del peligro
 en los obvios e ingenuos escondrijos
 de sus miedos.

Enfurecido, adoctrinado por el caos,
 el tigre salió del espejo de sí mismo
 (como un humo a la búsqueda del llanto),
 se arrojó a los gigantes
 y con la voz de mando de un zarpazo
 les deshizo en jirones la esperanza.
 Devoró a los gigantes
 hasta reducirlos a las más pequeñísimas
 menudencias.
 Dejó la tierra sin pobladores,
 solitaria,
 con manchas de sangre,
 y un aire en que se desvaneció poco a poco
 el rumor en sordina de los ecos
 del gemir y el aullar de los colosos
 a quienes el corazón,
 niño de brazos,
 se fue a ocultar en las faldas de la muerte.

El cielo se mostraba como un hoyo
 perforado hacia arriba.
 Con un sol secuestrado
 y un aire sideral
 que movía y movía de su sitio
 pedazos de azabache

¿Abajo? La tierra,
 despoblada,
 protegiendo las montañas, los árboles,
 los ríos y el trino del zenzontle
 con cortezas de hielo.
 Despoblada,
 como un terrible infierno sin testigos,
 sólo con un aullar de dioses como lobos
 en algún horizonte.

¿Vacía? Sí,
con un hacinamiento impenetrable de tinieblas,
donde hallar un trocito de luz
equivaldría a dar con una aguja
en un pajar.

¿Poblada? Solamente por un tigre,
por un felino dios que se desplaza
-algodonadamente, de puntitas-
(sin que la luz aluce sus deslices)
como la parte más oscura y desvelada
de la noche: la bestia
anda como un espejo que hace suya
la oscuridad ambiente, el humo negro,
cósmico, que emerge cuando el sol
es derrumbado y roto,
cuando chisporrotea derrotado,
y clandestinamente
se oculta en un reguero
de infinidad de brasas
que encierran su tesoro a siete llaves
de avaricia.

Al final se vislumbra
sólo un rayo de luz
sobre la superficie de la tierra.
Para gritar su falta de esperanza,
el rayo abre algún poro en algún sitio
de su cuerpo;
mas por ahí, de golpe, se introduce
la oscuridad total del medio ambiente;
el corazón, así, se le ennegrece
y la sangre, con glóbulos sombríos,
se le hace turbulencia de negrura
que recorre su cuerpo,
y este rayo de luz,
el último en el mundo,
pierde toda esperanza y, abatido,
corre hacia las montañas a la busca
de un lugar adecuado, maternal,
para abrirse las venas...

SEGUNDO SOL

Quetzalcoatl subió al escenario
 con la prestancia y los ademanes de ubicuidad
 del astro rey.
 No apareció en los cielos,
 como las estrellas,
 con un esplendor a cuentagotas,
 con mendrugos de sol
 y arenilla somnífica
 de luciérnagas titilantes que parpadean
 en ahorro de energía.
 Lo hizo en grande,
 con desplantes de primera causa,
 arrojando claridad
 -y pájaros
 y árboles
 y ríos-
 a manos llenas.

Su hechura más importante y espectacular fue el día.
 El día, el rayo que no cesa,
 que empezaba a gatear allá en el oriente,
 a desperezarse,
 a descubrir, alborozado, sus pies,
 a jugar a esconderse con los bosques,
 a chapotear con los ríos y lagunas,
 a cantar a voz en cuello con la brisa.
 El día, que era día
 desde que veía la luz
 en su placenta de rocío
 hasta que, fatigado,
 daba golpeteos a la almohada del poniente,
 se metía entre los zarapes del crepúsculo
 y perdía los ojos
 hasta la mañana siguiente.

Tezcatlipoca,
 testigo de las obras de su adversario,
 sintió saltar a su ánimo un ratón
 que se puso a roerle las entrañas.
 Vociferó y vociferó de envidia
 hasta que, afónico,
 no pudo ya soltar
 sino un gemido de sílabas enfermas
 en un ronco pianísimo.
 Enardecido por el odio, la furia
 y unas manos disminuidas
 por el tamaño de las otras,
 se acercó a **Quetzalcoatl**
 y lo derribó de un zarpazo...

El trono vacío,
garrapateado por la sangre,
fue ocupado de un brinco
por el sátrapa negro del desorden.

En la meseta, el viento,
calzando la inmovilidad del camino,
o la indecisión de alguna de sus encrucijadas,
apenas se movía,
apenas movilizaba sus témpanos de aire,
acorralado por la indecisión.
Dentro de sí,
ahí donde la atmósfera se concentraba
hasta formar su esencia,
no había el menor indicio
de apresar el cayado y convertirse en brisa...
Pero de pronto,
respondiendo a recónditos mandatos
provenientes de no sé qué divinos
trastornos mentales,
el aire se hizo ráfaga,
el soplo, acelerado, se hizo viento
y el viento, atempestado por la muina,
se entregó a la pasión aniquiladora
de convertir las selvas en desiertos
o en dejar y dejar a sus espaldas
paraísos en ruinas.
Cambió de sitio las montañas,
dio manotazos sobre la orografía
de nuestro valle.
Le entregó las riendas del poder
a **Molocatxin**, señor del polvo divinizado,
y a un comité de salvación de polvaredas
encontradas.
Hizo que el lago,
soliviantado por el vendaval
-como abriéndole la puerta
a una jaula crepitante de animales rabiosos-,
lanzara al aire sus acerados colmillos
de líquido feroz,
su jauría de mandíbulas,
sus tarascadas de espuma...
Arrancó los árboles de cuajo
permitiendo que las lombrices
entraran en los nidos...
A modo de culebra
en permanente asedio de su cola,
se convirtió en tornado
-en círculo ambulante del infierno-
que tornaba y tornaba sin cesar sobre sus pasos
cuando se habían quedado a medio hacer
sus destrucciones.

Hubo pájaros muertos.
Guacamayas aplastadas

por un pacífico lagarto alzado en vilo.
 Ardillas arrastradas por la furia del vendaval
 hasta ser untadas en los muros.
 Jaguares que resistieron el golpe del huracán
 pero fueron poco a poco desmanchados por el viento
 hasta la bufonería
 de la desnudez.
 Rocas desmoronadas
 que, sumándose al proceso destructivo,
 afiliaron su granito de arena
 a la conspiración del caos.
 Chozas que volaron por el aire.
 Grutas que se precipitaron sobre las criaturas
 demandantes de refugio
 como las fauces de animales
 prehistóricos
 que saltan del pretérito al presente.
 A una madre la borrasca le arrancó su niño de pecho.
 Dos amantes fueron levantados en andas por la tormenta
 y acabaron ahogados en mares distintos.
 Todos los vientos de pronto
 adquirieron vocación de jauría
 y se dedicaron a la persecución
 de los humanos.
 Estos, pobrecitos,
 acosados por un tropel antropófago
 de rafágas,
 aunque sentían mordisqueados sus talones,
 no podían ir a la velocidad
 de su infortunio.

Intentaban guarecerse;
 “si fuéramos animales -decían-
 podríamos confundir el olfato
 cazador de hombres
 de este viento. Si lo fuéramos”.
 Pero el vendaval olisqueaba su presencia,
 se introducía en sus escondrijos,
 y, tras de llevar a cabo, ceñidamente,
 sus labores de desorden,
 acababa por adquirir
 el ritmo austero, pausado, ceremonioso
 de la oración fúnebre.

Varios hombres y mujeres enloquecidos,
 sin saber a dónde ir y cómo protegerse,
 se escondieron en su remoto pasado,
 se convirtieron en monos,
 fingieron ser brutos, entes irracionales
 que, con saltos y chillidos, decían:
 “Aquí no hay más que cuerpos peludos,
 patas, colas, miedo,
 bestias que habitan sobre los escasos bosques
 que han sobrevivido
 al desarreglo mental de los aires”.

Y el viento, por fin, pasó de lado.

TERCERO SOL

A **Tlaloc** nada del cielo
 le era extraño,
 conocía su galería de azules,
 su jaula de estrellas errantes,
 su guardarropa de infinitos y cambiantes nubarrones,
 su revolcarse a veces en el polvo
 y su presentarse a continuación limpio,
 bien vestido,
 oloroso a jabón.

Tlaloc, como dios de la lluvia y el fuego celeste,
 en compañía de **Quetzalcoatl-Ehecatl**,
 dios del viento,
 no había dejado de visitar,
 deshollinando su milímetro,
 ningún rincón de la altura.
 La conocía como el astrónomo que carga en el plexo solar
 un hambre nunca satisfecha
 de infinito.
 En innumerables ocasiones
 se había dejado caer hacia la tierra,
 sin ningún paracaídas de copos de nieve,
 por el norte y el sur,
 por el este y el oeste.
 Nada del cielo le era desconocido.
 Ninguna estrella farfullaba
 en un idioma extranjero.

Cuando, por eso mismo, se le impulsó
 a que tomara el sitio del sol,
 no lo pensó dos veces
 -una en sí mismo y otra en su nagual-
 como le era costumbre,
 sino que, exaltado,
 cerrando el puño de su corazón,
 lo vio como un reto,
 un ascenso de grado,
 la posibilidad de codearse
 de tiempo completo
 con lo sublime.

Y ahí lo tenemos ya:
 empecinado en ser el astro campesino,
 despertando en la madrugada a la gleba,
 escondiéndose en las entrañas del gallo,
 que bate las alas,
 mira hacia el oriente
 y abre el pico.

Todo parecía hallarse bien,

como salido de las manos
 de un relojero.
 El águila semejaba volar por el trozo de noche
 de sus plumas.
 El ocelote lucía una colección de manchas oscuras
 como si su piel exhibiera la fragmentación o derrota
 de la noche.
 Todo parecía funcionar al dedillo.
 Al fin había mundo.
 Mundo hecho y derecho.
 Cabaña del ser.
 Pista de baile para los gerundios.
 El cuento de no acabar de las leyes naturales.
 Aire, tierra, fuego y agua
 para armar el rompecabezas
 de lo cotidiano.
 En la rama pautada de los árboles cantaban los turpiales
 y en la rama de sus trinos
 gorjeaban, aleteando, sus armónicos...
 Pero también, aquí y allá,
 confundido con los jaguares, los pumas y los tigres,
Tezcatlipoca empleaba la luz del día,
 enemiga de secretos,
 para cazar y devorar a hombres y animales
 y continuar haciendo de las suyas
 en propiedad ajena.
Quetzalcoatl, al verlo,
 se aposentó a las orillas del oído de Tlaloc.
 Los rumores de su voz
 impidieron que en el balar de sílabas
 se distinguieran las ovejas;
 pero algo le dijo
 -¿consejo, sugerencia, presión?-
 y el sol de lluvia cambió de estado de ánimo,
 desordenó su propósito
 y desató una lluvia de fuego
 contra el mundo.
 Ya no era luz o calor,
 o diluvio fraternal de caricias,
 sino piedras incandescentes, lava,
 material de infierno.
 Aquí producía un incendio. Allá animaba un volcán.
 Era un sol que disparaba su malhumor inflamable
 a todos los rincones de la tierra.
 Quemaba lagartijas. Achicharraba monos.
 Convertía en fósforos encendidos los colibríes.
 Rugía en el chisporrotear del fuego,
 a la búsqueda de un tigre...
 Los hombres, en medio de malezas
 que habían contraído la peste luminosa,

decían: "si fuéramos aves,
 y voláramos más aprisa que el humo de las llamas,
 podríamos escapar del calor genocida".

Los dioses oyeron estas plegarias
nacidas a orillas del infierno
y, piadosos e imaginativos,
convirtieron a algunos de los hombres
en águilas, cenizales, gaviotas, canarios
(en fin, en todas las especies de pájaros existentes
que en estampida vuelan
del susto al firmamento)
para darles la oportunidad de conservar la existencia
y elevarse sobre las cambiantes fauces asesinas
de las flamas,
pues no hay un solo pájaro de fuego
que no termine por ser, con todo y trinos,
un puñado silencioso de ceniza.

Todo terminó como siempre,
de igual manera,
con un punto final agusanado:
se oyó el ulular de la catástrofe
y el portazo se escuchó en todos los rincones
del universo.
Pero la destrucción o el anonadamiento
no fue abrupto,
ínsito en un instante que surgiese
tronando los dedos, sino poco a poco,
recorriendo todos los trámites
de la decadencia.
Antes que nada llegó la desesperanza
-en que los ojos se olvidan
de ver el cielo.
El entusiasmo cayó de bruces,
dio en pleno desánimo,
y soltó su fardo de ilusiones,
proyectos, afanes, sueños a medio hacer.
Las llamas de la hoguera
-con un hambre infinita sin estómago-
los fueron devorando hasta dejar bagazos
de ceniza.
Luego, el diluvio de fuego.
Y con él, el tercer ensayo
urdido por los dioses
para crear el lugar de todos los lugares,
el espléndido escenario
donde el tiempo pudiera funcionar a sus anchas,
sin contratiempos.

Nada quedó entonces.
Sólo rescoldos apagados
por ignoradas lágrimas.
Sólo humo.
Humo con pretensiones de ubicuidad.

Y unos cuantos gemidos que brotaban
de las últimas brasas
del mundo incinerado

CUARTO SOL

Chalchiutlicue, “la de las faldas de jade”,
era hermana, según algunos, de **Tlaloc**.
(Según otros era su consorte,
en una edad de su libido
distinta a la época en que contrajo nupcias
con **Xochiquetzalli**, la diosa de las flores).
Si aquél era el dios del agua que llueve,
ella era la diosa del agua llovida.
Si el primero era el señor de las tormentas,
los aguaceros y las lloviznas
(verdadero acto de molienda de las nubes),
la segunda era la señora de los ríos, los lagos,
las lagunas.
En días, enojada, era la patrona de las inundaciones,
las turbulencias, los remolinos, las vorágines
y las lágrimas.
Pero también,
cuando su mal humor hallaba un nidal acolchonado
donde apoltronarse y dormir,
era la señora del agua dulce,
del paladar agradecido
y de la sed derrotada.

Quetzalcoatl logró imponer su decisión.
Su palabra se incendió un momento
y elevó su fuego de artificio sobre las demás.
Las palabras de los otros númenes
tuvieron que ir, humildemente, a esconderse
con el silencio entre las piernas...
Quetzalcoatl fue claro:
Chalchiutlicue debía pasar a ocupar el lugar del sol,
inaugurar una nueva época,
deshollinar todos los sustantivos y adjetivos
y hacer los remiendos necesarios
para que el ser y el tiempo
volvieran poco a poco a las andadas.
Ella volvió los ojos a **Tlaloc**
y, pertrechada del asentimiento
entreverado en sus pupilas,
aceptó el honor que se le confería;
nombró partero de su reencarnación al oriente
e inició su jornada hacia la noche
-una noche y seguido-
teniendo a la mañana,
al cenit
y a la tarde
como estaciones de paso,
mero cambio de faena
de las manos laboriosas.
Nuevamente el tiempo pareció ir viento en popa.
Nuevamente los pájaros, los caimanes,
las mariposas, los arcoiris, las lagartijas
que embarran de prehistoria la corteza de los árboles

y un puñado de hombres y mujeres
 (que empezaron a discutir las diferencias
 entre lo finito y lo infinito),
 creyeron estar habitando el mundo confeccionado,
 ahora sí...en definitiva...
 por los dioses.
 Nuevamente el sol llevó la cuenta de sus días,
 sin dolencias cardíacas
 en sus corazonadas...
 Pero **Tezcatlipoca** puso al sol en entredicho.
 Lo vio con recelo.
 Pensó que un sol de agua
 no podía dejar de hallarse en permanente estado
 de evaporación.
 "El género femenino está bien para la luna"
 -se dijo.
 "Pero un sol femenino
 puede en cualquier momento interrumpir su curso
 para atender a alguna de sus crías
 nacidas al calor de sus devaneos
 con lo inflamable".
 Puso entonces la primera piedra
 de la conspiración,
 convirtiendo en habitables las grutas
 de lo clandestino.
 Se introdujo subrepticamente,
 salvando la vigilancia de los **tlaloques**,
 en la estancia de los cuatro cántaros
 y los cuatro géneros de agua distintos
 de **Tlaloc**.
 Aprovechando un profundo sueño del dios de la lluvia,
 tomó su papel.
 Se vistió de azul,
 se colocó un collar de piedras verdes en el pecho
 y pidió un calzador para sus sandalias
 de espuma de mar.
 Y dictó entonces sus órdenes:
 "Que los ríos se desborden" -rugió.
 Y los ríos se convirtieron en lagunas,
 charcos sin entusiasmo, espejos.
 "Que los caudillos de las aguas
 den la orden de avanzar" -relampagueó furioso.
 Y las inundaciones despreciaron
 las voces de los límites y el rugir de las fronteras.
 "Que todos los dioses ayuden a descolgar el cielo
 y arrojarlo a tierra".
 Y el **Atonatiuh**, el diluvio, cambió el aire por el agua.
 La guacamaya quiso alzar el vuelo,
 aletear sus colores,
 pero un fuetazo de aire la arrojó a la laguna
 donde, ahogándose, halló su catafalco
 de agua.
 Los monos querían decir algo,
 pero, tosiendo, hallaron sus bocas
 llenas de agua.

Las arañas, los hurones, los chapulines
-con sus resortes de hierba-,
la joyería completa de gusanos,
los pumas y los loros,
el gato montés y su ron ron prehistórico,
todos los animales
fueron arrastrados por las olas,
revolcados por la infelicidad
y derribados de su trozo de existencia
por los hachazos del agua.

Algunos hombres dieron a tuestas
con una plegaria:
"Ay -decían- si pudiéramos
convertirnos en peces".
La voz desgarradora saltó por las montañas,
las nubes, los vientos
y llegó a los oídos de diversas deidades,
llegó hasta su tímpano y a los huecesillos
de su compasión.

Un puñado de hombres y mujeres
alzó los hombros e hizo caso omiso
del diluvio y sus álgidas guadañas:
convertidos en peces,
en virutas recelosas y escamadas,
en tatuajes inquietos,
en todo ser viviente que se afirma
en los lagos, los mares y los ríos
hallaron la manera de proteger
con las manos cerradas que formaba
su nuevo cuerpecillo
la chispa de existencia...

Nuevamente.
Nuevamente los dioses habían fracasado.
Nuevamente le encontraron el rostro a la vergüenza.
Después del cataclismo, sólo había
una guerra mundial entre las aguas,
la nave fantasmal de la zozobra
y una versión acuática del caos...

INTERLUDIO

Se habían olvidado del sol.
 Para algunos de los dioses y los peces hombre,
 la edad de oro,
 perdida entre las penumbras del pasado,
 era una época en que los seres vivientes sabían de sus ojos
 y la luz no estaba racionada.
 Pero eso fue en tiempos idos,
 cuando el sol consultaba sin cesar
 su itinerario.
 Ahora, al finalizar el cuarto sol,
 reinaba el desorden y la confusión.
 En el lugar menos esperado era posible hallar
 culebras con cara de niño,
 ardillas con mariposas por orejas,
 guajolotes con mirada de araña,
 águilas que al aletear se venían a pico
 o se deshacían hasta no ser
 más que formas de vuelo,
 conejos con andares de palomas
 y pulgas, amaestradas por el hambre,
 en una suerte de espantoso festín de migajas,
 comiéndose a sí mismas.

El cielo se confundía con la tierra,
 lo líquido con lo sólido,
 el arriba había caído en brazos del abajo
 y ambos se desgarraban en litigios fronterizos
 y luchas intestinas.
 El agua y el fuego habían hallado
 la forma de convivir
 en lo húmedo y su pretérito caliente
 y en lo seco y su frío pasado.
 Pero **Tezcatlipoca** y **Quetzalcoatl**
 se hallaban en cotienda permanente,
 representando el drama universal
 de la unidad y riña de contrarios,
 la pugna cuerpo a cuerpo
 de puntos de vista
 egoístas,
 divinos
 e irreconciliables.
 La muina de nunca acabar.

Los dioses cayeron en cuenta
 de que había que ponerle un hasta aquí
 a la mezcla,

a la anarquía,
 a la locura de la gramática,
 a una naturaleza que llegaba a las manos consigo misma,
 al amasiato de los polos que forman

lo imposible.
Basta ya -se dijeron.
Basta, basta.

Por primera y única vez
Quetzalcoatl y Tezcatlipoca
pusieron a dialogar y a negociar a sus músculos.
Dejaron de verse,
como se miran,
en sus días de obsesión,
la duda y la fe;
armonizaron sus esfuerzos
y pusieron sus corazones en el pecho común
de una neutralidad provisoria.
Ambos se transformaron en simientes,
ambos se sepultaron en la tierra,
ambos se convirtieron en árboles,
ambos se sometieron al lentísimo ascenso
por sus peldaños verdes
de la germinación.
Así, pudieron despegar el cielo de la tierra.
Así, les fue dable irlo irguiendo poco a poco
con el esfuerzo mancomunado de sus divinos ramajes
donde anidaba
-también poco a poco germinando-
un idéntico propósito.
Así, pues, pusieron el cielo en su sitio,
en su casa obligatoria: el arriba,
en su terruño natural: lo lejano.
Rompieron el desorden,
las cosas corrieron a colocarse
en sus debidas diferencias.
El agua y el fuego,
lo frío y lo caliente
volvieron a descubrir sus puños
y se arrojaron miradas de odio.

Mas las deidades se habían olvidado del sol.
El Tloque Nahuaque,
los cuatro dioses primigenios
y toda la comunidad de divinidades
no podían continuar viviendo a oscuras,
tropezando unos con otros,
y todos
con su indecisión,
con la manquedad de su apatía,
con una imaginación que confundía el huevo de su gestación,

apenas picoteado,
con una jaula esférica y compacta.

Basta ya -se dijeron.
Basta, basta.
Y adivinando a **Teotihuacan**,
su ciudad, ya cercana,
se pusieron a urdir entre los
dedos la forma de dar a luz
el sol,
un sol definitivo que jamás
diera de bruces y mordiera el polvo.

QUINTO SOL

I

Había que crear otro sol.
 La oscuridad no se cansaba de exigirlo.
 Uno de los dioses,
 volviendo consciente
 lo que estaba en el ánimo de todos,
 dijo:
 “Hay que crear otro sol,
 otro rumbo, otra edad, otro sueño.
 Había que...”.

Con actitudes y desplantes de luz,
 con ostentosos ademanes de futura aurora,
Tecuciztecatl,
 arrellanado en fingimientos,
 hizo oír su palabra:
 “Yo tomaré el cargo de alumbrar el mundo”.
 Lo dijo así, sin medir las consecuencias,
 los manotazos del futuro
 y el sabor a peligro que le amargaba la boca.
Nonoatzin, el buboso,
 el cargado de tumores que conspiraban
 contra su divinidad,
 contra su tejido de células eternas,
 aceptó también el reto,
 y lo hizo con la resolución a flor de piel,
 sin buscar escondrijos en ningún subterfugio.

Pero, al aproximarse
 los señores del cielo voluntarios,
 a la pira crepitante y amenazadora,
 el temor sacó a puntapiés de sus corazones
 los demás sentimientos,
 ideas, petulancias.
 Y una túnica formada tan sólo de temblores
 recubrió a las deidades
 de los pies a la cabeza.

Ambos dioses,
 con los ojos cremados por la mirada,
 tenían a sus pies, a su resolución,
 a su zozobra,
 un hogar embravecido,
 con voces de ultratumba
 y rugidos de caos,

donde hallábase hirviendo
 el deseo voraz de hincar las flamas
 en cualquier divinidad
 para dejarla, como bagazo crepitante,
 convertida en basura de memoria,
 desfalcada de todos sus poderes
 o su patrimonio de potestades,
 sin carne, sin historia,
 sin la seguridad y sus raíces,
 a la espera del golpe de aire
 que la barrera hacia la ausencia.

El primer dios, amedrentado,
 sitiado por sus propias palpitaciones,
 dio un paso atrás:
 al acercarse al fuego tomó conciencia
 de que las más inflamables de sus pertenencias
 eran la intrepidez y la valentía,
 bajó la cerviz ante sí mismo
 y volvió la espalda a su futuro.

Nonoatzin, en cambio,
 temerario,
 desenfundado el arrojito,
 doblándole el brazo a cualquier titubeo,
 se acercó al sacrificio.
 Dio un paso adelante,
 cerró los ojos hasta hacerlos desaparecer,
 le pisó los talones a la gloria
 y se dejó caer en esa matriz en llamas
 que bullía en el brasero.

Tecuciztecatl hubo de seguirlo,
 como la vergüenza que, arrastrándose,
 tiene que enmendar sus pasos
 e ir en pos, cabizbaja, del derrotero
 de la acción ejemplar.

Una vez engullidas las deidades,
 más que el fuego en la pira, fue el milagro
 quien dejó a las espaldas su humareda...

II

El sol y la luna,
Nonoatzin y Tecuciztecatl,

surgieron de la matriz en llamas.
 Imposible describir lo sucedido con los dioses
 desde el acto de arrojarse al brasero crepitante
 hasta el instante en que el firmamento,
 con una rúbrica enmarañada de rayos,
 tornó a escribir su nombre.

Imposible describirlo, porque el arcano
 emplea, para manifestarse,
 las más abigarradas inscripciones
 de oscuros jeroglíficos.
 No obstante -y en este locución el optimismo
 halla siempre acomodo-
 algo podemos decir:
 que, por ejemplo, el fuego de la pira
 le quemó a las deidades toda forma impura,
 irregular y mundana,
 para ubicarlos en el mundo incorrupto
 de la geometría...

Surgieron de la matriz en llamas,
 con algún enfriamiento de placenta,
 allá en el oriente,
 a la orilla del ser,
 para que podamos distinguir
 las mayúsculas y las minúsculas
 que estructuran el mundo.

En realidad se aposentaron en el espacio
 como dos soles: si **Nonoatzin** había brillado más
 que **Tecuciztecatl** al momento del sacrificio,
 ahora, con un gran esfuerzo, como pujando luz,
 el segundo brillaba con la misma intensidad
 que lo hacía su camarada.
 Dos soles, rebosantes de resplandor y orgullo,
 que esparcían la indiscreción de sus rayos
 tanto en las grutas donde se refugiaban retazos de la noche
 o en los árboles donde las hojas pugnaban heroicamente
 por impedir que la claridad, agresiva,
 diera picotazos mortales a su sombra,
 como en la férrea privacía
 de las nueces
 o en la axila pudorosa
 de alguna
 de las deidades.

Además la luna brillaba tanto
 porque era el espejo donde se reflejaba el astro rey
 -un astro que, sometido a la práctica de la reencarnación,
 se hacía cada vez más ubicuo, rutilante y entrometido.
 La luna de plano se había instalado en el canal del deslumbramiento
 con la única basura en la pantalla
 que la que podría ponerle el parpadeo
 de los dioses.

Las deidades, molestas con el astro menor,
 indignadas con su pretensión de igualar al otro
 en luminosidad y presencia,
 pensaron en darle el destino
 de la mariposa que,
 revoloteando en redor de su agonía,
 entra al reino de las sombras
 por la rápida vía de un aletear inútil
 de ceniza.

Pero necesitaban de ella, de su insomnio,
 de su fulgor desvelado,
 para alumbrar la noche
 y hacer que la oscuridad
 -aunque el plenilunio queme en alto cielo
 sus ansias de bochorno-
 fuera sólo una conspiración
 de cuervos en vuelo, de bocas de lobo
 y de párpados fatigados.
 Le arrojaron entonces ese conejo
 que se descubre en su superficie,
 si bien se mira,
 comiéndose pastizales de resplandor,
 alimentándose de los excesos de luz.

El sol y la luna se hallaban también inmóviles,
 a lo largo y a lo ancho
 del sitio excto en que se hallaban en el cielo,
 lo cual traía consigo
 la permanente amenaza de incendiarlo todo,
 ya que el fuego que se detiene en un punto,
 lo primero que hace es incinerar
 ese punto.

Insolado, **Quetzalcoatl** quiso remediar las cosas.
 Convertido en **Ehecatl**, empezó a soplar y soplar
 sobre los astros

y es preciso abonarle a su gloria
 que pudo hacerlos avanzar
 por lo menos los puntos necesarios
 para hacer un prodigio.

Pero este no era el medio pertinente de locomoción
 de los astros. No, no lo era.
 Así como los pulmones y el estómago de los humanos
 requieren del oxígeno y el maíz
 -para no hablar de otras delicias
 que los hacen sentirse,
 aunque sea de entrada por salida,
 en el paraíso-
 el sol, y también la luna,
 necesitaban dar con su alimento natural.
 Su movimiento no podía nacer
 del impulso exterior de los empujones de aire
 o del beneplácito y la salud pulmonar
 del dios del viento,
 sino de una cierta dosis de energía
 que debía integrarse a sus estructuras
 (como el néctar de las flores
 a los picos de la astucia)
 y generar en su interior
 una gula insaciable de centímetros...

Algún dios
 con los culebros de la insinuación,
 se acercó a ellos con un recipiente
 rebosante de contenido bermejo,
 de ese líquido que también se veía en la necesidad,
 como los soles,
 que moverse y moverse, pequeño mar atormentado,
 para no coagularse.
 Era sangre,
 manjar de zancudos y murciélagos,
 vampiros y dioses.

Era sangre,
 El sol halló la sed entre sus pertenencias
 y golosamente,
 en los linderos del atragantamiento,
 se la bebió de golpe.

Una vez que hubo saciado su sed,

se sintió arrebatado, vigoroso,
florecente de músculos,
galardonado con la omnipotencia.

¿Pero de dónde obtener esa ambrosía,
ese alimento que convertía al sol
en carromato de fotones,
en pájaro de alta tensión,
en bólido que corre hacia el poniente
para tramitar,
como mago entre millares de fuegos de artificio,
su resurrección?
¿Dónde hallar su sustento?
¿La planta de energía que le permita
cumplir con su faena,
con el sinfín de obligaciones
que le hormiguea en sus manos?
No cabe duda: ese líquido se esconde
en el cuerpo de los hombres y mujeres,
en la carne doliente,
frágil,
deteriorable
que derrama su contenido
a la primera quebradura o herida que le inflingen,
y en el ánfora sensible
que guarda a siete llaves de epidermis
el divino licor que produce
la ebriedad de la existencia.

III

Hacía falta el hombre.
Ahí estaban el sol, la luna, las estrellas
y los sapos.
También el aire y el erizo de mar.
Y también, desde luego, los monos araña
llenando las ramas de los árboles
con la telaraña de sus movimientos.

El hombre y la mujer brillaban
por su ausencia:
los huecos que ocuparían en el espacio
olían a nostalgia.
Los viejísimos intentos de forjar a los humanos

se habían venido abajo:
 gigantes,
 hombres empujados por el viento
 a su pretérito de monos,
 criaturas que se encaramaban a unas alas
 para escribir su gramática de trinos,
 seres que fueron arrojados a las aguas
 y convertidos en peces por una agua violenta
 y un oxígeno envenenado,
 mostraban
 la historia verdadera
 y debidamente documentada.
 del fracaso de las manos divinas.

Hacía falta el hombre.

Quetzalcoatl cayó en cuenta de ello
 apenas vio un crepúsculo,
 un mar embravecido que chocaba
 con el **hasta aquí** insobornable de los acantilados,
 un riachuelo que arrastraba pequeñas sílabas sonoras,
 y aquí, en lo minúsculo, un acrobático salto
 de ese juguete biológico sorprendente
 que es el saltamontes,
 y supo que todo ello era poesía,
 poesía solitaria,
 sin lectores,
 sin testigos,
 sin poetas.

Hacía falta el hombre

y Quetzalcoatl tomó la decisión
 de construirlo.

No en vano él era el **teyocoyani**,
 el inventor de criaturas.

Tenía, sí, bellas ideas:

había que hacerlo fuerte, bello,
 inteligente, sensible,

capaz de deletrear el infinito

y de reconocer que sus manos

han sido hechas esencialmente

para ayudar a su prójimo.

Pero le faltaba el material con que inventarlo,

los adobes,

la tibia y el peroné,

el fémur y el espinazo, en fin, los “huesos preciosos”.

En compañía de **Xolotl**,
 su doble, su nagual de la guarda,
 su dios suplente,
 bajó al **Mictlán** un día,
 al galerón caliginoso
 de las respiraciones disecadas.
 Su viaje al reino de los muertos
 buscaba hacer al hombre,
 constuir un cerebro
 y todo el pedestal que se requiere
 para cargarlo.
 Iba en pos de los “huesos preciosos”,
 de las perchas en que podía cargar la carne,
 las primeras vértebras
 para izar la torre de la curiosidad
 y el edificio de la angustia.
El Mictlantecutli
 le arroja al dios, entonces,
 un puñado de obstáculos a los ojos,
 pruebas,
 trabajos,
 rompecabezas de acción,
 resueltos sólo por el sudor de su frente
 y la fuerte ligereza de conejos
 de sus brazos.
 Le dice: “Haz sonar el caracol
 y da vueltas cuatro veces
 alrededor de mi círculo precioso”.
 Pero el caracol carecía de hoyos
 y acababa por ser un calabozo
 para cualquier aliento
 que lograra introducirse en su interior.
 Y Quetzalcoatl, por más que soplabo
 no pudo esculpir una sola nota musical,
 un solo armónico de seda,
 como si un ave hubiese nacido
 en un huevo indestructible.
 Convocó Quetzalcoatl a los gusanos,
 demandó la presencia de los abejorros
 (las abejas escritas en mayúscula)
 y ellos horadaron el caracol,
 crearon los orificios
 para dulcificar el aire,
 volverlo melodía,
 permitir a los divinos pulmones

ascender, alpinistas, a la cumbre del agudo
de su cantar victoria.

Tras de dar **Quetzalcoatl** cuatro vueltas alrededor
del círculo precioso del **Mictlantecutli**,
éste dijo nuevamente:

“De veras se lleva **Quetzalcoatl** los huesos preciosos?

“De veras tiene “huesos preciosos”
en su corazón?

Dioses, id a hacer un hoyo”.

Y los dioses descarnados hicieron un agujero en la tierra.

Lo cubrieron con ramas inocentes,
la fachada mendaz de toda trampa.

Ahí dio de bruces **Quetzalcoatl**.

Y su corazón,

que jamás palpitaba mordiéndose las uñas,

que nunca sufría un castañetear de latidos,

se sintió apresado por las manos del polvo,

casi casi sin poder latir,

mientras su respiración divina

se fue desvaneciendo

como una mariposa de aire

que le devuelve sus alas al creador.

Mas la serpiente emplumada

resucitó de entre los muertos

al tercer aleteo de sus plumas.

Fue entonces, en compañía de **Quilaztli**,

su comparte femenina, su parte flor,

nuevamente por los “huesos preciosos”.

Él y su consorte

separaron los huesos:

los masculinos en un sitio,

los femeninos, siempre a su vera,

en otro.

Quetzalcoatl se desnudó cintura abajo,

elevó los ojos,

hirió su propio miembro

y roció los huesos

con el semen más rojo de su vida.

Formó así dos esqueletos

que, convertidos en imanes de células,

recubrieron, pudorosos, sus desnudeces óseas

con una epidermis friolenta

y avergonzada

que halló en el taparrabos la prudencia

del ocultamiento.

Quetzalcoatl dio pie,
durante el quinto sol que brilla hoy en el cielo,
a las criaturas,
a los primeros hombres: **Oxomoco** y **Cipactonal**,
que nacieron con las primeras letras
del alfabeto entre los labios
y con unas alas invisibles
como marca de fábrica.

En verdad, hacia falta el hombre.

IV

Oxomoco y **Cipactonal** se vistieron
Habían nacido cobijados tan sólo de belleza.
Eran, sí, de buen ver,
de espléndida factura, y se hallaban felices
de roer el trocito de atmósfera que le tocaba a cada uno.
Pero no sólo de oxígeno vive el hombre,
no sólo hay voces y demandas que vienen
de los pulmones,
sino que en el cuerpo humano hay palabras,
arrumacos, exigencias y gritos
que se originan en el estómago.

Quetzalcoatl pensó: “si ya los astros
hallaron su ambrosía en la sangre,
si ya los dioses hemos descubierto en el chocolate
(poesía de la lengua),
nuestra pasión,
nuestro manjar sopeado con mendrugos
de regocijo,
nuestro momento humeante, dulce y de sabor sublime
de olvidar compromisos y deberes,
también el hombre necesita dar
con su sustento”.

En esto se hallaba pensando,
cuando vio a una hormiga que,
dirigiéndose a un monte cercano
a **Teotihuacan**,
cargaba fatigosamente
el pequeño milagro descomunal

de un grano de maíz.
Iba atareada,
diligente,
saliendo a su safari de milímetros,
sin saber que cargaba en hombros
el secreto de la especie humana.

Quetzalcoatl acarició la idea
de colocarse el vidrio de aumento de la atención
en la vista,
y darle a sus dedos
la forma de pellizco,
para asir a la hormiga
proletaria.
Pensó que valía la pena
despojar a esta minucia de **tameme**
del cofrecillo de tesoros
que cargaba a cuestras,
con destino a los almacenes y alhóndigas
del hormiguero,
y que sólo puede abrirse
con una ingeniosa combinación
de tierra y agua,
cuando la hormiga,
roja de fatiga,
se metió en un agujero del monte,
se hizo invisible,
como si se internara
en uno de sus ojos,
y se perdió en una especie de cráter en miniatura
que de vez en vez,
atragantada de humo,
soltaba su vómito de insectos.

Quetzalcoatl se arrojó a ser hormiga,
viruta de ser,
criaturita capaz de penetrar cualquier secreto,
gota de agua presta a introducirse por algún resquicio
de lo impenetrable.
Así, con ese artilugio,
con este juego de manos ontológico,
con esa mañosa forma de poner en jaque
a lo imposible,
salvó, subrepticamente,
el umbral del agujero,
se codeó con otras hormigas,

paso por ser una de tantas,
 esperó pacientemente a que llegase
 la hora del descuido
 y, zas, sustrajo un grano de maíz
 de esta troje sepulta
 y egoísta.

Lo dejó en las manos de **Oxomoco** y **Cipactonal**.
 Con la voz de barítono del padre
 le narró las virtudes del maíz,
 de la siembra, la lluvia
 y el milagro.
 Ellos, así,
 en el panal de leche de un elote
 mamaron la existencia
 y encontraron la carne
 de su carne.

V

Lo perfecto es un éxtasis de nunca acabar.
 Por eso no existe
 o, por lo menos, no tiene, no puede tener,
 no es concebible que tenga,
 una existencia de tiempo completo
 o que abarque la eternidad
 de cabo a rabo.

Sin embargo, a veces...
 pocas es verdad...pero en ocasiones...
 parece haber enviado a su hijo a la tierra
 para hacer que las cosas
 marchen,
 funcionen,
 llevando al dedillo de lo inimaginable
 su programa.

En el Quinto Sol todo parece discurrir
 a las mil maravillas.
 Arriba existen trece cielos
 cumpliendo,
 con la sabida indiferencia de lo sacro,
 su callada función
 de vigilancia,
 orden
 y consuelo

a control remotísimo.
 En medio está la tierra cultivada
 donde se cosecha el maíz,
 el algodón,
 el chile,
 el frijol
 y en sus mil y una maneras
 las manos campesinas.
 Un reloj puntual da la hora
 de seguir adelante,
 mientras tiene a su vera
 un cesto de basura para poder arrojar
 los tic tacs que nacieron envejecidos,
 la caja de música del croar de la rana
 las noches de deseo
 o el impúdico aullar del ser humano
 en los peñascos del insomnio.

Abajo, en el **Mictlan**,
 un sinnúmero de fantasmas
 viven en la sombra de su cuerpo
 el trámite final que se requiere
 para volverse nada.
 En el espacio se mueven el sol y la luna.
 Todo lo que es
 se encuentra perfectamente ubicado
 -como ajustado por los dioses-
 en la tierra,
 en el cielo
 y en todo lugar.
 Y los hombres se dedican
 a las ciencias y a las artes,
 a intercambiarse, románticos,
 menudencias de corazón
 y a matarse como Dios manda.

¿Pero nos es dable decir que el actual
 es el sol definitivo?
 ¿Y que éste, como los ángeles,
 nació pero no morirá,
 o que tiene la eternidad a su frente
 (sin la voracidad del sepulcro)
 y el tiempo a sus espaldas
 (con la cuna o el vientre de mimbre
 donde el primer momento de la vida
 gimoteó entre pañales)?

¿Hemos de pensar esta vida, esta era,
 este orden en los cielos y en el mundo,
 esta disposición incluso de los órganos internos
 en el cuerpo,
 como un convoy que corre sin tropiezos ni reposo
 por el carril de fierro de la eternidad
 o así como decimos, con el clásico, que el sueño,
 es “muda imagen de la muerte”,
 debemos asentar que el crepúsculo diario
 es sólo la imagen,
 la metáfora,
 el cotidiano recordatorio
 de la convulsión,
 el sismo,
 el cataclismo destructor
 que el día menos pensado
 -en el **4 temblor**, por ejemplo,
 que decía el sacerdote azteca,
 el **tlamacazqui**-
 hará que el sol que hoy nos alumbra
 pierda el paso,
 sea de nuevo destruido,
 hecho jirones,
 pulverizado en millones de luciérnagas,
 en mendrugos de nada,
 de un zarpazo,
 de un furor del que no tenemos noticia,
 de un imprevisible desarreglo de las leyes
 o de un síncope solar desconocido?

Y si es así,
 y aunque vengan más soles y más soles,
 ¿no debemos decir
 que ayer, mañana, siempre,
 por los siglos de los siglos
 -sin el amen que trae la subrepticia
 vocecilla del sueño-
 el Espíritu del caos flotará
 sobre la faz del abismo?

SOL DE AGUA

Los tlaxcaltecas decían
 que los humanos que sobrevivieron
 al **atonatiuh**, al diluvio,
 quedaron transformados
 en monos,
 como si el temor al agua los hubiera
 hecho dar un salto hacia atrás.
 El vello les surgió en todo el cuerpo
 -y no únicamente en tales o cuales islotes erógenos-
 para cubrir su tronco
 del frío, de la humedad y del agua
 de no acabar,
 fría,
 calculadora,
 con despotismos de cielo.
 Los ojos se les achicaron,
 tomando el lugar de sus pupilas,
 para ya no ver lo que pasaba a su alrededor.
 Como ya no les era dable cargar a dos pies
 el peso cada vez mayor de su inteligencia
 -los kilos y más kilos de una materia gris
 alimentada de mundo-
 se encorvaron,
 doblegaron la cerviz
 de su lógica,
 anduvieron a cuatro patas
 y sintieron cómo se les ahogaban en la cabeza
 sus razonamientos, sus cálculos,
 sus más acerados silogismos.
 Perdieron el habla. El agua se les metió en la boca
 y les anegó los vocablos.
 Oraciones completas, sin saber nadar,
 fueron sumergidas en sus cadáveres
 de silencio.
 Cierto que la lengua protegió su propia vida
 con movimientos de pez;
 pero cuando las aguas se retiraron,
 se quedó quietecita,
 sin consultar en el diccionario
 del paladar
 qué voces deberían saborearse
 para comunicarse.

Los tlaxcaltecas decían que,
 no obstante,
 fueron poco a poco,
 siglo a siglo,
 los humanos

recobrando el habla y la razón,
bajo los auspicios de un tiempo
que, al reto de la montaña,
busca pacientemente
-alpinista de sí mismo-
esculpir poco a poco la forma de la cumbre.

Hoy los hombres
seguramente nada recuerdan
de las viejas desgracias.
Aunque lo que sucede
de cuando en vez adentro de sus ojos
quizás no sea sino el esporádico resurgimiento
de pequeños charcos de diluvio.

REFLEXIÓN

¿Qué viento era ese
que arrancaba de cuajo los árboles,

dejaba sin plumas a los pájaros
fusionados con sus patas al ramaje
para recibir la savia,

turbaba el agua de los lagos
hasta el delirio espumoso

y dispersaba a los macehuales hasta convertirlos en monos?

Era un símbolo.

Una metáfora.

Una voz de alerta que nos dice
que los humanos podemos involucionar,
hallar un pasadizo a la prehistoria,
desdecirse del presente.

Los gruñidos nos están esperando.

EN TEOTIHUACAN

Si los dioses tuvieron que hacer tantos sacrificios
para remodelar el cielo, restaurar las estrellas
y dar con el secreto
que ayude a refuncionar el infinito, si
sólo así pudieron escribir en el aire el
dístico de oro
del día y de la noche
-rimado por la luz del sol y de la luna-
cuánto más tendrán que hacer
las criaturas del alba, los visionarios,
los urgidos de cambio,
los que tiene en la orden del primero de todos los días
incinerar de una vez por todas
sus imperfecciones.

LA CAÍDA

Como a tantos y tantas
después de que habló Zaratustra,
como al hombre que descubre el resorte imaginario
de todo espejismo,
o como, en fin, al que esto escribe,
a la mitología nahuatl
un día se le cayó el cielo...

No hubo manera de detener el derrumbe;
el cielo, admirador de la lluvia
y su aptitud de cercenar distancias
y remojar cercanías,
leyó la escritura de las nubes,
y atraído por el espacio, se vino abajo.

Un toldo.
Sí, los nahoas veían el cielo como un toldo.
Los dioses, al hacerlo
--para que los hombres no quedaran
a la intemperie-
no previeron que el firmamento se desplomaría
para cohabitar con la tierra
y engendrar el caos.

El caos, es decir
el ámbito donde tiene lugar
el descuartizamiento de todas las palabras,
y en que los límites, nonatos,
se desplazan como pequeñas larvas
en medio del desorden.

Al ver tamaña destrucción
los cuatro dioses primordiales,
hijos de **Tonacatecutli** y **Tonacacihuatl**
abrieron cuatro caminos debajo de la tierra
para acceder a la superficie,
para respirar,
darle un golpe al oxígeno
y recuperar las fuerzas.
Crearon cuatro hombres fuertes,
hábiles,
hinchidos de músculos.
Tezcatlipoca se convirtió en el gran árbol
llamado **tezcacahuitl**
y **Quetzalcoatl** encarnó en el denominado
quetzalhuexotl.
Los dioses árboles, con auxilio de los hombres,
germinaron y germinaron hasta alzar el cielo
y colocarlo en el sitio en que hoy se encuentra.

Todo volvió al orden.
El sol, la luna, las estrellas,

el viento y la poesía.

Hubo tierra para la flor.
Y pulmones para el canto.

LA INTERRUPCIÓN

El viento no puede ser enjaulado.
 No puede serlo, no,
 como si hubiera nacido en alguno de los vientres alados
 que cuelgan del ramaje,
 sufriese el acoso de ligas y de balas
 y fuera víctima del ave de rapiña
 de una horqueta.

El viento es una de las acepciones de la palabra libertad,
 sinónimo de autonomía,
 metáfora de reciedumbre,
 parónimo de cualquiera de las alocuciones
 que acaban por echar raíces en la tierra.

El aire se insolenta en todas partes:
 busca semejanzas con la locura que logra adueñarse
 de un látigo,
 coincidencias con la furia,
 ideología común con el desorden.
 Estalla a diestra y siniestra:
 en los labios,
 en el suspiro que pulveriza el mundo del vilano
 con su golpe de viento en miniatura,
 en la selva tropical y en el desierto,
 en los océanos, en fin, donde el velamen de los navíos
 aprende las más elementales funciones del pulmón
 para permitir a su puñado de tierra
 bogar en alto riesgo.

Hay, pues, ventarrones terrestres.
 También cósmicos,
 como lo muestran la música y las disonancias
 de los astros.
 Los nahoas hablaban de vientos interestelares
 y de tormentas en los trece cielos.
Ehecatl, que olisqueada años cuatro rumbos con el pico de ánade
 de su brújula olfativa,
 dejaba flotando plumas
 al arranque de su vuelo,
 alimentaba de atmósfera su estómago
 y descendía a descansar un poco
 en cuanto nido de pájaros hallaba.

Cuando renacieron en Teotihuacan el sol
 y su comparte femenina
 -su sombra de luz pálida,

su nual quierecorre todo el itinerario
del insomnio-,
quedaron ambos inmóviles,
sin trascender ni un milímetro el hueco
que los aprisionaba,
oyendo los gruñidos amenazantes
del espacio
y con el desdén total por toda idea
de jornada,
trabajo,
servicio,
tameme cósmico que carga la existencia
de todos los humanos.

Ehecatl intuyó que había llegado su hora,
aleteó sus poderes,
se arrojó a sus pulmones
y empezó, tras la inmóvil espalda de los astros,
a soltar el fuetazo
de su aliento...

Todo se compuso entonces.
El sol y la luna reanudaron su ritmo.
El caos quiso rugir otra vez,
producir un incendio en cualquier esperanza;
pero, al chillar del orden recién nacido,
se quedó sin sus ojos y sus manos
para encontrar su lengua
cercenada.

APOTEOSIS

MONÓLOGO DE QUETZALCOATL

Ya me hallo en pleno mar.
 Las palmeras, los jacales y los hombres de la costa
 se me vuelven borrosos, puntos, basurita en las pestañas.
 Mi coatlapechtli, mi barcaza de culebras,
 navega arrogante,
 abriéndose camino en lo imposible
 con su quilla,
 reduciendo a esclavitud al mismo oceano.
 Si los áspides eran antes lo inestable
 encima de lo fijo,
 ahora -nostálgicos del ámbito en que andaban-
 son lo estable que surca y se menea
 en medio de lo móvil.

Pasa el tiempo.
 Ignoro en cuántas olas se ha metido
 desde que voy bogando.
 La tempestad es otro nombre que asume la sorpresa.
 El remo se me rompe y no puedo remar
 con las astillas que me deja en las manos.
 Sin remos, sin velas,
 rodeada de un camposanto de brújulas,
 mi coatlapechtli va a la deriva
 y hace agua.
 Por toda la superficie de la borda
 pretende subirse a ella
 el naufragio.

Pienso: estoy hecho de la misma carne
 que el material ofidio de mi balsa:
 soy tan serpiente como las que zurcen
 el entramado de ella.
 Pero también me sé rodeado de plumas de quetzal,
 de ímpetus siderales,
 de retazos de cielo.
 Siento que ha llegado el instante...
 el instante,
 el instante...

-y el verso aquí no sabe ser cronista
 del portentoso-

“de hacer mi mutación”
 -digo de pronto
 desde la estrella vespertina.

SINONIMIAS

Coatlicue y **Chimalma** se hallaban barriendo su templo.

Cada una en el particular patio de su culto.

Como diosas de la tierra que eran,
cuando levantaban nubes de polvo,
parecían rodearse de efímeros bosquejos
de hijos.

Hallaron de pronto dos alhajas:

Coatlicue un ovillo de plumas de quetzal
y **Chimalma** un chalchihuite.

La primera llevó su hallazgo a su cuerpo y lo ocultó bajo la falda,
allí donde las piernas hallan su identidad en un vacío.

Y quedó embarazada.

La segunda se tragó el chalchihuite
y, con el vientre convertido en canoa
bogando en su placenta,
sintió mareos incontrolables
y supo que el mayor de sus antojos
era un nuevo vástago.

Ninguna conoció varón
ni saboreó con sus entrañas al intruso
chorreante de deseo.

Como vírgenes encinta de infinito,
dieron a luz dos deidades:

Coatlicue a **Huitzilopochtli**,
Chimalma a **Quetzalcoatl**.

A decir verdad, no sólo en un pesebre
exhala sus chillidos lo sagrado.

TEOFAGIA

Pese a las sociedades protectoras de animales,
 resulta la cosa más común del mundo
 que una bestezuela hambrienta hincó el diente en otra
 ubicada para su infortunio en un grado inferior
 o más desangelado
 en la evolución de las especies animales.
 El gato sabe de esto
 cuando trae entre sus patas
 la bola de estambre de un ratón.
 También el buitre
 cuando arranca silencios ensangrentados
 del árbol
 o la zorra
 cuando busca,
 con el hocico emplumado,
 donde dormir la siesta...

Pero generalmente
 el hambre en el bestiario no es horizontal sino vertical:
 un animal no satisface su apetito
 con las entrañas, la sangre y el aire de familia
 de su hermano,
 sino con el hígado o los riñones
 de la triste alimaña, menuda, que cabe en sus mandíbulas,
 o también: ese virus
 con hambre descomunal
 que vive en los entresijos del hombre,
 tampoco hinca sus colmillos
 en la carnezuela sagrada de otros miembros
 de su especie,
 sino que, ante alguna de las vísceras
 que le cierra el paso y le abre el apetito,
 avanza, con el deseo chorreante de saliva,
 después de dejar tras de sí
 un campo de matanza
 regado de anticuerpos.

Mas cuando adviene el hombre
 su apetito es, a un tiempo, vertical y horizontal
 y su estómago se diría crucificado
 por la gula.

Baste recordar el canibalismo o la teofagia.

El primero, cuando los humanos no han logrado aún darle la vuelta a la página de su bestialidad y organizan banquetes donde el plato fuerte son brochetas ahumadas de animal racional y donde los comensales se levantan, casi, con el sabor de sí mismos en la boca. La segunda, cuando aparece en el hombre el ansia de zamparse puñados de cielo, gusanos de ultratumba, alones de ángel garapiñados de beatitud, y, satisfaciendo su hambre desmedida, enterarse del gusto que debe tener el infinito.

Entre las ceremonias dedicadas a **Huitzilopochtli**, existía la de comerse una estatuilla a la que se conocía con el nombre de **teocualo** (**divinidad devorada**), dios que pasaba a ser digerido por los delirios místicos que luce todo aparato estomacal. El **teocuaque** (**comedor de dios**), cerraba los ojos, se introducía entre dientes un teocualo, corría a acurrucarse en su paladar, y meditaba en el sabor que el más allá, con su aderezo de saliva, le dejaba, irritándola, en la lengua.

Ay el hombre.
 Ay el hueco de metafísica que carga en el estómago.
 Ay las ansias de comunión ascendente con los seres que aletean su pureza en algún lugar de lo absoluto.
 Ay con los ayes y ayes que se escapan de los entresijos de la criatura venida a menos cero.
 Ay el ansia de tener a los pies un basurero a donde arrojar nuestras múltiples y consentidas imperfecciones.
 Y ay con la eucaristía por medio de la cual la criatura deseando que la protección, el cuidado, la autoridad formen parte de su flora y su fauna intestinales, sueña con llevar a su padre en las entrañas.

TRENO

¿Pulpa velada
 y dada a desear
 por la frontera custodia
 de su cárcara de piel?
 ¿Aparato circulatorio
 que no es sino una vid dentro del cuerpo?
 ¿Carne embriagada de existencia?
 Sí, los hombres son frutos arrancados
 de un árbol genealógico
 injertado de desgracias y peligros.
 Sí, son los frutos
 de un coito entre las doce de la noche
 y un petate.
 Sí, son odres
 de un vino de consagrar
 cultivado por la sed
 de las deidades.

Son frutos, odres, tinajas
 porque llevan a todas partes
 esa bebida madura,
 con cuerpo,
 con las calorías suficientes
 para revivificar al sol,
 para componer las averías de los intemporales,
 para reanimar a los dioses perdidos
 en sus pies de barro.

El sol, anémico,
 no teniendo más vigor
 que el que se encuentra
 en la musculatura desmoronada
 de su debilidad,
 ansía ese vino corporal,
 ese brebaje de delirios,
 ese licor que carga en hombros
 su color encarnado.

Por eso es que los aztecas se refieren,
 a su modo,
 a su miedo,
 al vampirismo cósmico del rey de los astros
 que le permite
 satisfacer su gula de distancias,
 meter primera
 y pisarle los talones
 a su futuro inmediato.

Muy otra era la actitud de Quetzalcoatl:
 en medio de su pueblo,
 como si se tratara de una victoria guerrera,

arrancaba las púas a los magueyes
que lo circundaban,
y que parecían ser caballeros tigres o caballeros águilas
desarmados.

Llevaba después -zancudo de sí mismo-
las puntas de maguey a su cuerpo
y aunque se pinchaba aquí y allá
haciendo penitencia,
estaba en contra
de los que ponían en la palma de las manos
la línea de la vida de los otros,
de los que sacaban corazones a la intemperie,
de los que nunca sentían
coagular en la lengua
su torturante sed,
de los que manchaban sus dedos
con sangre indeleble,

Estaba en contra, en fin,
de todas esas palabras,
y poderes
y religiones
que, al emboscado aullido de sus letras,
entonces como ahora,
piden sangre.
Por eso,
él, y sus seguidores,
tocaban a medio pecho su teponaxtle de latidos
en defensa de la vida,
ante cualquier amenaza,
ante cualquier polvillo levantado
de una piedra de sacrificios.

ODA AL ESPEJO

Ningún espejo recibe y proyecta una falacia,
 un argumento maloliente,
 un círculo vicioso que cuelga de una horca
 o las alucinaciones esas
 que en el juego de manos de lo aparente
 nos pasan de contrabando yerros y más yerros
 en una engañosa representación escénica
 de lo ilusorio. Ninguno.
 Ningún espejo carga en su textura manías de espejismo
 donde se acerca a beber la imaginación
 y que nos llevan a suponer,
 pongamos el caso:
 que la ligereza
 con que se nos da gato por liebre,
 nos está demostrando que llega a nuestras manos
 la bestezuela requerida.
 Ningún espejo sabe de argucias,
 tomaduras de pelo
 o silogismos envenenados.
 Ninguno.

Narciso supo de su belleza,
 de la regla de oro acuñada en sus divinas proporciones,
 por el remanso espejeante de un riachuelo
 que impedía mezclarse
 el agua de lo claro y lo distinto
 con el aceite del falso testimonio.
 Halló su beldad en la honradez perpetua
 de la verdad que chapoteaba a medio líquido
 y cayó de rodillas deslumbrado
 por su rostro
 con su corazón flechado
 por sus propios latidos.

Quetzalcoatl se vislumbró en el espejo
 de Tezcatlipoca. Halló que sus facciones
 desordenaban el mundo y violentaban
 la delicadeza de los ojos ajenos,
 así como espantaban a las porciones más condensadas,
 puras y sensibles
 de su alma.
 Sintió su corazón disminuido
 al tamaño de una pena gigante,
 corrió a esconderse en el punto más recóndito
 de sus párpados cerrados,
 odiándose a sí mismo
 como toda gangrena autoconsciente
 que carga a todas partes
 su carroña insepulta.

Veraz, el reflejo le dio a Narciso
un amor enloquecido por sí
y el delirio incontrolable
de besar y besar la imposibilidad
de sus labios.
Veraz, el reflejo le brindó a Quetzalcoatl
un desprecio desquiciado por su efigie
como el leproso que ,ira de revés el espejo
para ocultar su rostro.
Veraz, la imagen fue para ambos
la perdición,
el caos,
la tragedia,
un puñado de tierra movediza
debajo de sus pies.

A decir verdad, nada hay más semejante
a un auténtico filósofo
que un espejo. Nada.
De las entrañas de ambos
emerge la pasión por la certeza,
la precisión,
el deseo de zamparse la realidad a puños.
El alma del espejo
tan es la de un amante de la sabiduría
que, cuando enfrente de él la luz se extingue,
se llena de dudas,
titubeos
o tinieblas.
Nada más regocijante para el azogue
que tener las palabras exactas
para decir las cosas
o sostener el aluzado lugar
en que hace su nido lo evidente,
aquello que por los siglos de los siglos
no da el brazo a torcer.
A ningún espejo se le ha sorprendido jamás
diciendo una mentira,
quitándole los puntos a las íes,
ni faltándole el respeto a una pregunta.

Oh verdad, puede ser que nos estremezcas,
nos amases y revuelvas las entrañas
o nos llenes de cuarteaduras el espíritu;
pero el hombre no puede prescindir
de la espada flamígera y su metal combustible
con que niegas la entrada a los engaños,
las supersticiones,
los deseos
que creen que este mundo
a voluntad
puede ser retocado.

AGUAMIEL

El maguey produce,
chupándola de la tierra,
una pócima para olvidar
las penas,
la buena conducta,
las decisiones,
lo prometido,
las consecuencias.

El pulque curado de espanto
nos envalentona. En él, se pensaba,
se sumergían el demonio
Tlacatecotl,
nadaban embriagándose las **cihualpitzin**
(las diablas
que aparecían por las sierras,
vestidas con los harapos flotantes del horror)
y chapaleaban la tentación
y el atrevimiento.

El secreto de la rebeldía
se halla en los entresijos del agave,
del **teometl**,
como en el mosto de uvas
machacadas por los pies danzarines de Dionisio
que tienen, heredadas de la danza,
la virtud de brincar y de surbírseos...

Tezcatlipoca no sólo utilizó el espejo
para desordenar el alma
de Quetzalcoatl,
para que éste, imagen en mano,
se viera obligado a reconocer
la belleza de los simios
o la de los alebrijes de la fantasía,
para mendigar una máscara,
la caricia de un afeitado
o el refugio de un pigmento,
sino que trajo consigo,
con el ademán insinuante de una mano
educada en la cantina,
la bebida de **Xochitl**.

Invitó al sacerdote.

Primero le pasó la humedad deliciosa que cabe
en la punta del dedo,
después el número de sorbos del **octli**
requeridos
para introducir la primavera de la euforia
en la flora y la fauna

del estómago
 y luego la cantidad suficiente
 -gotas que, animadas
 por sentimentose fraternos,
 corren a ser chorro-
 para que la moral, a golpe de mazo,
 fuera asaltada por el deseo,
 por la libido que normalmente finge inexistencia
 a lo largo y a lo ancho de la carne.

Unos códices dicen, pudorosos,
 que en este momento **Ce acatl Topiltzin**,
 nuestro sacerdote,
 exigió la presencia de su esposa
 y algún petate libre de prejuicios,
 para depositar sus urgencias
 en las grutas hidrocálicas
 de lo permitido.
 Pero otros,
 imitando la honradez
 insobornable del espejo,
 nos dicen que a quien mandó llamar
 fue a su hermana.
 Empinó el codo con ella.
 Hicieron a cuatro manos una pajarita de papel
 y la dejaron revolotear en torno a ellos.
 Se dieron apapachos.
 Espigaron motivos de risa en todas partes.
 A lo largo del cuerpo se desgarraron la indiferencia
 y cada quien extravió sus manos
 en el otro.
 No es necesario investigar cómo se dice en nahuatl incesto,
 para saber que el golpe de su luz
 cayó sobre los cuerpos consanguíneos.

El vino blanco de la tierra,
 en pasando la garganta,
 amenaza con hacer trizas los cánones,
 las costumbres,
 las reglas
 e instalarnos de golpe
 en el **tlalocan**,
 en el paraíso,
 en el lugar en que,
 si hay una piedra de sacrificios,
 no es sino para destruir,
 con el blando puñal del aguamiel,
 todas las prohibiciones
 que están revoloteando
 en torno nuestro.

AL AMANECER

Al amanecer, Quetalcoatl y su hermana despertaron,
despertaron y se les comprimó el corazón.
La frase **buenos días** se les hizo polvo entre los labios.
El vino blanco del agave dejó,
como indicio de su paso por el alma,
espinas de maguey en las sienes,
agruras en el ánimo,
náuseas inquietantes en la dignidad.
¡Qué mar de incertidumbres!
¡Qué resaca movida por remos frágiles,
incapaces de vencer al oleaje
del océano completo!
La cruda no es sino un mal negocio
del intestino.
No sólo humedece las manos, las sienes y los ojos
con recuerdos del naufragio.
También tiene que ver con los códigos,
las admoniciones,
los verbos en su conjugación imperativa,
y el gruñir del remordimiento.

¡Será posible un día
hacernos de las plumas del quetzal
sin dar de pies a boca, más tarde o más temprano,
con el áspid por ellas encubierto?

UNA HUELLA

Dícese que se dice
que en un lugar perdido de México,
en un puntito que se fue borrando
poco a poco del mapa,
hay una piedra especial,
única:
luce la huella imborrable de una mano.

Es algo así como la reliquia de un portento,
el vestigio de lo imposible,
el pedestal humilde de lo maravilloso.

La mano se halla estampada allí,
con sus dedos,
sus huellas digitales,
sus palmas
y los signos quirománticos
que despliegan la fórmula algebraica
de un destino.

Si la viéramos,
si fuésemos testigos del pedernal en que un día
sufrieron una extraña descompostura
las leyes naturales,
nos asombraría,
con la imagen en movimiento de una mano
que se apoyó un instante
en esta roca,
la añejísima huella
(dejada de la mano del tiempo,
olvidada de la ley que obliga a todo a marchitarse,
sustraída, en una palabra, al polvillo evanescente
de lo ido),
que, a lo que se dice,
es el antiguo relato de una fatiga,
el rastro del ademán de un numen,
o mejor,
un sacerdote trashumante
en trámites de trascendencia.

Se dice que se dice que **Quetzalcoatl**,
en su peregrinación de **Tollan** a **Tlapallan**,
y después de haber dejado
a la espalda de su última huella **Cuahtitlán**,
sintió que el cansancio lo ganaba,
que el sudor le perlaba los estímulos,
y que, sentándose,
se abanicó el rostro en un compás de dos cuartos y en crescendo
y colocó una mano en una piedra.
Me encantaría
(a mí, poeta que anda husmeando
lugares poco frecuentados del asombro

y que carga en el bolsillo una grabadora
para las estridencias de lo imprevisto),
organizar una galería de lascas, peñas y guijarros,
como homenaje a las dotes creadoras
de la naturaleza.
Me encantaría.

Ningún sitio mejor que México para montar
una exhibición así.
Habría piedras de todos tamaños, formas, colores,
peso y precedencia.
Piedras pacíficas, redondas,
sin ansias de volar a un descabro,
piedras encolerizadas, puntiagudas,
a un aleteo tan solo de mudarse
en ave de rapiña. Piedras preciosas
-jade, chalchihuites, obsidiana-
los **pilli** de la madre tierra,
las obras maestras que llevan
la invisible firma de una materia
como nunca inspirada.
También piedras humildes,
sin un solo gesto soberbio,
sin la menor chispita metálica en su entraña,
sin una sola arenilla fuera de lugar,
ni la menor relación con la historia,
la leyenda o el mito:
piedras sencillamente anónimas,
destinadas quizás a ser tan sólo
la ilusión y el sentido
de una sandalia muerta de aburrimiento
a mitad del camino.
Y por último,
en la vitrina del asombro,
y en la montura vítrea del milagro,
la piedra con la mano eternizada...

No podemos, sin embargo, organizar
tal galería. No podemos.
Carecemos del poder, de la audacia,
de la vida para hacerlo.
Ni tampoco podemos ser testigos
de una maravilla inscrita,
a perpetuidad, en tan modesto sitio,
porque, lástima, hallándose el guijarro
en uno de los tramos más fangosos de la historia,
de seguro fue pisado por las botas
del guerrero español
y enterrado para siempre
en las entrañas de la tierra.
Dícese que se dice.

EN MANOS DE TLALOC

Había una vez un charco,
 una cavidad en que lidiaban
 los peces de lo líquido,
 al que acudían las más diversas especies animales
 para atemperar la sed
 y ponerse a regatear con la muerte
 unas horas más de existencia.
 Pero el sol no sabía nada de la tolerancia
 y el respeto
 y sí de los manotazos, las imposiciones
 y la dictadura.
 Se enardeció de nuevo,
 derramó en todas partes sus urgencias doradas
 y le regaló a las nubes el último charco de la tierra.

Para que lloviese,
 los **macehualtin** arrojaron su voz
 al reino de lo descarnado
 por los pasadizos secretos de los rezos.
 Pero nada. Ni siquiera las súplicas
 (o alaridos arrodillados) de las entrañas
 rasguñaron el tímpano de las deidades.
 Quemaron copal para el olfato
 de lo ignoto.
 Hicieron de sus preces
 una red para pescar divinidades
 desprevenidas.
 Y nada.
 Sacrificaron conejos,
itzcuintlis,
 codornices
 y ocelotes,
 para distraer a un sol,
 incendiario, piromaniaco,
 enamorado de la temperatura que germina y germina
 en troncos que son brasas que son vientres
 hasta llegar al clímax
 del incendio.
 Pero no.

Tlaloc desdeña los sacrificios.
 Se alza de hombros, levantando en vilo
 su indiferencia.
 Se halla, en no sé qué paraje
 o estado de ánimo,
 pasando revista a su colección de nubes
 o dedicado a catar los sabores
 de aguas recién nacidas y de humedades añejas.

En verdad, no había llegado el punto
 de poner manos a la obra
 y anunciar con estruendos y atabales

el derrumbe del cielo.
 Mas sintió de pronto ganas,
 gratuitamente,
 porque sí,
 sin presiones de la lástima en su arbitrio,
 de oscurecer la atmósfera
 y sólo permitir de cuando en vez
 un arrepentimiento de relámpagos
 o minúsculos días que hace y que deshace
 en un tronar de dedos.

Recordad: **Tláloc**
 tiene a su servicio multitud de ministros pequeños
 -enanos,
 homúnculos,
 menudencias de dioses-
 armados cada uno con un palo y un ánfora,
 a quienes ordena dirigirse a los estanques del firmamento
 a espigar el agua:
 ya sea, la solícita y comprensiva,
 que es dulce a la minúscula simiente,
 o aquella, envenenada por su propia abundancia,
 que la ahoga con sus manos.
 Cuando el palo golpea el cántaro
 se multiplica en truenos,
 que retumban por la tierra, masticando ruido,
 y dando saltos y saltos hasta desvanecerse.
 Y cuando los recipientes malheridos se precipitan
 del firmamento al suelo
 aparecen los rayos,
 las momentáneas cuarteaduras del universo mundo.

Clepsidra del firmamento,
Tlaloc da, pues, la hora de la lluvia.
 Cuando el agua,
 distraída, está en las nubes,
 el dios hace que sus ayudantes minúsculos
 -que tienen como maestra la obediencia-
 gradual y sucesivamente,
 poco a poco,
 gota a gota,
 gestan desde la lluvia al menudeo
 -crisálida no más de la tormenta-
 hasta el atonatiuh,
 el momento explosivo en que los nubarrones,
 de zacate enjabonados,
 pretenden someter
 a un severo y general proceso de limpieza
 al universo.

Y luego, porque sí,
 porque le viene en ganas,

Tlaloc cierra todas las llaves
de la atmósfera,
reparte estertores en las mandíbulas
de la humedad agonizante,
ordena la paulatina
desbandada de lo líquido,
y dirige sus pasos, con sus enanos sirvientes,
a no sé qué vivencia
de sus puntos cardinales.

La retirada de **Tlaloc**
y el agresivo advenimiento del sol,
le proporcionan el don de ubicuidad a la sequía
y arrojan a las últimas criaturas vivientes,
que beben sed a sorbos,
al suplicio de llevarse a la boca
el círculo vicioso.
El bochorno persigue a sus últimos escondrijos
a las larvas malheridas de lo líquido,
ante las cuales se podría
comenzar una cuenta regresiva a cero,
a gota,
a lágrima
(lo único que tal vez se resistiera
a evaporarse)
hasta dejar, en fin,
del exacto tamaño del olvido,
el último charco de la tierra.

La serpiente de nunca acabar,
dando de nuevo con su cola,
nos dice una vez y otra y otra que

Había una vez un charco,
una cavidad en que lidiaban
los peces de lo líquido,
al que acudían las más diversas especies animales
para atemperar la sed
y ponerse a regatear con la muerte
unas horas más de existencia.

Pero el sol...

VERBO

En el óvulo recién fecundado
hay también el embrión de una palabra.
El feto se gesta, se desarrolla y muere
en los brazos amorosos
del oxígeno.

Hay una palabra
que sólo escucha la madre,
la cual distingue hasta los minúsculos rumores
de una letra o una sílaba
cuando se mueve en las entrañas
de una promesa
de niño.

La madre no habla con su estómago,
su riñón o sus pulmones,
pero sí lo hace con el huésped consanguíneo
que, durante nueve meses,
se prepara para dar su primera
bocanada de vida.

Cuando **Coatlícue** se supo embarazada,
sus hijos, los cuatrocientos surianos,
encabezados por **Coyolxauhqui**,
llenos de indignación por lo que creían
una conducta materna reprobable,
acordaron matarla
y no dejar el menor trocito de piel
a su memoria.

Pero la que tiene “sus naguas de culebras”
oyó desde el hondón de su cuerpo
una voz que decía:

“madre, no te acongojes.
No dejes que tu corazón,
desparramado de palpitaciones,
se arroje al **Mictlán**
de la zozobra.

No temas, madre mía,
que el que habla, para gloria de ambos,
le pondrá un hasta aquí a los parricidas”.

Los cuatrocientos surianos y **Coyolxauhqui**
se aprestaban a consumir el crimen.
Coatlícue, amedrentada, caminaba de un lado a otro
buscando en qué estado de ánimo esconderse.

Y ya se dirigían los sanguinarios hijos
a la recta final de su propósito,
cuando otro hermano, **Cuahuitlicac**,
decidió prestar su ayuda a la madre encinta
y se colocó muy cerquita de su vientre
para sintonizar la voz lejana,
límpida,

cavernosa
que provenía de las profundidades de la carne.

La voz, desde la madre, preguntó a **Cuahuitlicac**:
¿dónde están los enemigos?
Y éste dijo enseguida: “Vienen por **Tzompatitlán**”.

Hubo una pausa, en que el silencio
se llenó de palpitaciones.

Después la voz insistió en su pregunta:
¿dónde, dónde?
Y el hermano precisó: “Se encuentran en **Cuaxalco**”
y ante una nueva pregunta:
“Llegaron a **Apetlac**”.
Y por último: “Ya están aquí”.

Hubo un temblor de tierra.
Tomó entonces la carne el lugar de la voz
y nació **Huitzilopochtli**.

ETIMOLOGÍA

Tzompantli: **Tzontli**, cabeza; **pantli**, hilera:

hilera de cabezas.

Ábaco de infortunios.

Reliquias del santo salvajismo.

Calaveras de acíbar,

no de azúcar.

Producto inexorable y secuela cotidiana

de la piedra de sacrificios.

El resto de las víctimas

-cuello, muslo, criadillas

y, claro, menudencias-

se encuentran en el **tianguis**

a la espera del paladar antropófago

o tal vez en la bodega,

la mesa o los eructos

de los caballeros águila

que hicieron prisioneros

a los sacrificados.

IR AL RESCATE

En la peregrinación desde Aztlán hasta México
de los **tenochca**, en la larga marcha de los indígenas
hacia su identidad,

Malinalxochitl, hechicera hermana de **Huizilopochtli**,
se atrevió a desafiar la autoridad masculina
de su hermano, adujo que el tamaño de su corazón
no era menor que el de él
y puso su matriz en alto.

Por órdenes del sacerdote fue castigada
e, incautándole el número de pasos futuros
que le pertenecían,
se le abandonó en **Malinalco**.

No cabe la menor duda: las feministas deben rescatar
de su abandono a la hermana de **Huitzilopochtli**.

Ir por ella.

Buscar sus huesos.

Proteger su puñado de
memoria. Saber de las
formas femeninas de
su corazón.

Hacer una cruzada.

Ir al rescate en **Malinalco**
de su santo sepulcro.

NUESTRO SEÑOR DESOLLADO

I

Un dios griego (Apolo)
exasperado por la competencia
de un músico excelente (Marsias)
lo desolló vivo,
hasta dejarlo en la más profunda y radical
de las desnudeces.
Y colocó el sangrante despojo
en las ramas de un árbol
como señal de advertencia
y ejemplo.

El viejo mundo fue la patria de deidades terribles:
divinos sátrapas
que arrancaban del cuerpo la epidermis
-verdadera ropa interior,
consustancial, imprescindible-
y dejaban a los muertos con la carne viva
y la derrota a la intemperie.
El desollamiento era la técnica,
la macabra orfebrería
de convertir a los hombres
en fantasmas deshilachados,
pergaminos en que el suplicio escribía sus memorias,
trapos al viento...

No se quedaban atrás los mexicanos antiguos.
El dios **Xipe Totec**, verbigracia,
nuestro Señor Desollado,
amaba no las cabezas, el corazón,
las manos o los ojos de los humanos,
sino la piel, el finísimo ropaje
(hilado por las manos sapientísimas de la naturaleza
para impedir el paso
al frío, al calor y a las miradas)
que recubre el tesoro de la carne
con manos maternas.

Numen con atributos morbosos,
esparcía diversas enfermedades
contagiosas, más que nada de la piel,
y los indígenas infectados por su proximidad,
sus aleteos o su iracundia,
buscaban aplacarlo,
ciñéndose el pellejo
de los hombres llevados al sacrificio,
y rogándole -con las entrañas arrodilladas-
que la salud les vendara las heridas,
y en la jungla de sus yerbas medicinales
ahogara los dolores, la fiebre,
las angustias.

Era también la deidad de los plateros,
 caja fuerte de inquietudes, insomnios,
 tronar de dedos y cavilaciones;
 protección de las joyas y la pedrería
 salidas de las manos tintineantes
 del orfebre.

Cuando los plateros eran víctimas del hurto,
 cuando se les sustraían rayos de sol a la aurora
 producida por su orfebrería,
 no se tocaban el corazón
 para arrojar a los ladrones ,
 tras la sala de espera del infierno,
 a la piedra de sacrificios en que revoloteaba
 el murciélago de piedra
 y al puñal de obsidiana, dedicado
 a desprender de los cadáveres recién nacidos
 hilachos de memoria transparente...

II

Pedestal de respiraciones estranguladas.
 Túmulo en que los pulsos se vuelven alaridos
 ante la cercanía de la muerte.
 Surtidor, ojo de agua, manantial
 de todos los matices de lo rojo.
 Taller construido para absorberle al cuerpo el movimiento
 y volverlo despojo, carroña, sede
 de la nada.
 Lugar donde el pavor pierde sus límites.
 Piedra de sacrificios.

Seis hombres. Seis.
 Traían a empellones a la víctima,
 que, huérfana de todo,
 olvidada del regazo materno de la lástima,
 cayéndose y levantándose,
 se acercaba a las gradas del templo
 donde un hambre insaciable
 gruñía en el estómago del ídolo.
 Si se resistía de manera furiosa,
 granítica,
 inesperada,
 indoblegable casi
 (como un puercoespín entre las manos de los cazadores);
 si su instinto de conservación
 tomaba el puesto del más rabioso de los caballeros tigres
 que pugnaba, con la desesperación en ristre,
 por ser el indómito guardián de su corazón azorado,
 le daban un bebedizo que introducía en el cerebro
 una bruma de amnesia, de locura,
 de sumisión forzada,
 de corazón perdido en la maleza
 de pronto exuberante
 de su cuerpo.

Dos hombres tenían la obligación de sujetar los brazos,
de desactivar los feroces rugidos de los músculos
que pretendían, a tarascadas, ser alambrada de púas
del tronco.

Otros dos retenían las piernas
obligando al infortunio a hallarse bocarriba,
atado férreamente a la indefensa postura horizontal
del que espera un zarpazo,
sin poder ejecutar más movimiento
que un temblor incontrolable
que salpicaba el entorno de gotas y gotas
de sudor enloquecido.

El quinto se hacía cargo de la cabeza:
la inmovilizaba
(como si fuera hipnotizada por el cielo),
y sólo permitía que los ojos,
desorbitados,
a punto de salirse de sí mismos,
atinaran a ver, de reojo,
el aletear del ave de rapiña
mientras impedían que la última defensa posible
del sentenciado a muerte
-la dentellada-
se lanzase, presa de delirio,
en pos del trozo de carne más cercano.

Y cuando los cinco terminaban por crucificar a la víctima
en su inmovilidad,
llegaba el sexto...

III

Después de los desollamientos,
las epidermis eran colgadas de unas perchas
para que los dedos del sol y del viento las curtiesen,
hasta hacer un guardarropa de pellejos
de diversas formas, tamaños
y modelos.

Ahí iban los hombres,
el día de la fiesta del **Xipe Totec**,
a probarse las pieles,
a tentar su textura
y a acatar las órdenes de sus preferencias.

Los enjutos de carnes o los entrados en ellas,
buscaban la indumentaria que correspondía
a su volumen,
se los ponían, se los quitaban,
hasta dar con una a su medida,
con una que, membrana que fue de la carroña,
era un vestido fétido,
transparente,
pegajoso,

del cual se desprendían aún gotas de sangre...

IV

El primer día
de la segunda veintena del año
tenía lugar la **Tlacaxipealitzli**,
la fiesta indígena del “desollamiento de hombres”.
Los indios se despertaban ansiosos,
con los corazones reamasados
por la euforia
y con un escozor alegre y devoto
a flor de piel
-la oblea del dios homenajeado.

Se ponían su mejor atuendo,
las mantas,
los collares
y la risa de fiesta.

Muchos se preparaban para asistir al juego,
para que sus miradas,
desde la primera fila de sus órbitas,
reconocieran en los jugadores
la valentía, el heroísmo,
y al humilde creador de maravillas
del esfuerzo.

Otros, los jugadores, integraban
dos equipos diversos:
el del **Xipe Totec**,
con gestos y ademanes sobrenaturales,
y el de los guerreros valerosos,
que cargaban en sus bolsas puños de tierra
y encarnaban el mundo y sólo el mundo.

Quienes iban a jugar en el primer equipo,
acudían, antes del evento,
al sótano donde yacían en sus perchas
-como galería de espectros hechos jirones,
agujereados, mordidos por la nada-
los tegumentos de los sacrificados;
separaban los de su talla
y se hundían en el macabro uniforme de lo ido,
chorreante aún de sangre,
que cargarían durante el juego.
Los del otro bando,
llevaban la vestimenta guerrera de costumbre
y el porte resplandeciente y aguerrido
que empequeñecía el corazón
de sus adversarios;
pero salían al campo de la contienda, provistos,
no de los hórridos despojos sanguinolentos
de la parte contraria,

sino de la feroz vestimenta de la valentía.

Ninguno de los equipos lucía mazos,
arcos y flechas, hachas de pedernal,
pues la gloria,
el tutearse con la parte más temeraria de la soberbia,
el mirar frente a frente a su deidad, que no la muerte,
era el propósito de la disputa
o del lúdico afán de la discordia.

Todos los jugadores
venían pertrechados de cañas,
de durísimos carrizos ahuecados,
que utilizaban de modo defensivo y ofensivo.
Como en el encolerizamiento
que en veces sobreviene a las espadas,
hacían cruces efímeras,
tomaban el sitial del fragor percusivo
y **en vivace** de la orquesta,
repelían y empujaban al contrario.
Se peleaban el terreno con la furia
con que el aire y la tierra representan
sus batallas de polvo.

Este juego tan brusco, pero incruento, perseguía
acostumbrar a los jugadores al peligro,
hacerlos terratenientes del campo de matanza,
poner sus corazones al aire libre del denuedo,
y no bajar los ojos ante el talle
de la señora negra...

Decirles: la muerte no es una cosa del otro mundo.
Convencerlos: la temeridad
-los esponsales de la audacia y el suicidio-
alegra el ánimo de las deidades.
Hablarles: si hay que morir,
rendirle cuenta a los gusanos
y claudicar para siempre de los ojos,
nada mejor que hacerlo sin pestañear,
sin que el cálculo lleve a la neuralgia de pensarlo dos veces,
ni guarecerse en la palidez
empapada de rocío
de la cobardía.

Era un juego ejemplar:
Preparaba a los hombres a la guerra
y al posible/probable silencio de ultratumba
que esconde el epitafio en sus palabras
también desvanecidas.
Tenía la intención de persuadir a los guerreros
(que estuvieran en la contienda frente a frente
con la turba macabra,
o su no menos espantable viceversa),

a bien morir,
 a arropar su corazón con sombras,
 cuando llegara el día
 de celebrar los funerales de su pulso
 o se hallaran en vísperas
 de que se atragantara de polvo
 la garganta.

Aprender a morir, era su consigna.
 Desamarrar a la cautela del sentido de realidad,
 era su búsqueda.
 Oír los murmullos del miedo
 como quien oye llover, era su prédica.
 Anestesiarse el horror al vacío
 y dejar sin armamento pesado al desfiladero,
 su propósito.

Pero así. Pero con un temor a la muerte diluido,
 abúlico, inánime y macilento,
 el amor a la existencia se deteriora,
 enflaquece,
 hace concesiones al descuido,
 habla con la saliva del odio
 a los placeres,
 y acaba por empujar a la vida a las inmediateces
 del deshaucio
 o a la enfermedad terminal del desgano.

No estaba garantizado, no,
 que ganara la contienda
 el equipo de quienes vestían los despojos
 de los desollados,
 el hábito de harapos, tibio aún,
 que cargaban las huestes
 del señor del desuello.
 Ellos podían, sin duda,
 llegar al puesto contrario y mirar a sus músculos
 con amor...
 Pero a los otros guerreros les era también dable
 resistir una embestida,
 convertirse en muro de piedra,
 frontera de donde brotaban alaridos de púas,
 que detenía todo avance enemigo,
 y marchar, contraatacando,
 hasta llegar finalmente a la base
 del equipo del dios vestido de pellejos
 como divinidad hecha jirones.

Si este era el caso, quienes salían victoriosos
 recibían de manos de los derrotados
 su ropaje de piel,
 y las nuevas huestes del numen,
 ciñéndose los andrajos pestilentes
 -jirones en que orgullo mata a náusea-
 luciéndolos ante todos,

haciendo culebreos con la reata de su triunfo,
 no salían de sí,
 viviendo, a plena carne,
 el orgasmo colectivo del trofeo
 y el placer de encarnar el horror
 al fin vencido.

V

El sol daba la orden de despertar a la maleza,
 los animales, el festín,
 los colores en sus vivencias más pasionales
 y subversivas
 los ojos en sus cunas de azabache

La alegría bullía en todas las chozas.
 Un hormiguero de ademanes femeninos,
 desgranado con contorneos y espolvoreado de risas,
 se arremolinaba sobre las mazorcas,
 el cacao, los pescados,
 los gusanos de maguey,
 el atole, el amaranto, el pinole
 y las carnes de mono, de itzcuintli
 o de armadillo en salsa de mango,
 hasta hacer de la atmósfera
 la deidad favorita de los pulmones
 y del estómago;
 ídolo de las fantasías gastronómicas,
 nube que, coronando al pueblo entero,
 hacía agua la boca
 de los indios.

Tras el juego,
 el bando del **Xipe Totec** se dispersaba.
 Sus integrantes
 eran bien recibidos en todos lados.
 Se les esperaba
 como se espera a la esperanza
 a las altas horas de la impaciencia.
 Las mariposas que llenaban las casuchas
 no se sabía si venían del campo
 o del pecho entusiasta de los macehuales.
 La hospitalidad era un tendedero de cortesías y regocijos
 pendiente de sus labios.

A los jugadores se les llenaba de obsequios:
 sartales de mazorcas,
 de flores,
 de guirnaldas,
 de parabienes.
 Se les recibía como si vivieran codo con codo
 con el Señor del desuello.
 Las carcajadas culebreaban en el aire
 como serpentinadas.
 La boca de la jarra de pulque

olvidaba el sentido del vocablo avaricia
 y oía con atención y asentimiento
 las voces con que la sed
 clamaba por su amado...

Cuando la alegría, la euforia, la embriaguez
 llenaba todos los poros del espacio
 y del alma de los indígenas,
 los enfermos y las enfermas
 pedían prestados a los jugadores
 trozos de epidermis,
 se los ponían,
 se embarraban de sangre,
 se envolvían en tufo cadavérico,
 y se hincaban de rodillas
 para pedir a Nuestro Señor Desollado
 que las llagas,
 la purulencia,
 el dolor
 o el miedo canceroso,
 huyeran de sus cuerpos
 como tropel amedrentado
 de pájaros rapaces.

Y esto mismo sucedía año con año
 cuando llegaba la **Tlacaxipealitzli**
 -la fiesta del "desollamiento de hombres".
 ¿Qué días? En los días del antiguo relato del principio.
 ¿En qué momento? Cuando los indios de nuestra América
 no tenían un solo pesebre a la mano
 para desarmar deidades.
 Pero ¿cuándo? Cuando el cielo colindaba con la tierra
 en algún punto.
 ¿O sea? Cuando los humanos entregaban tributos de sangre
 a sus quimeras.

Y la barbarie misma era cultura.

LO DE SIEMPRE

Todas las oraciones de los aztecas
terminaban con la expresión **Mayiuh** (así sea).
Era su manera de decir amén,
de poner punto final a las palabras sabuesas
que corrían por el laberinto de los bosques
en pos de las deidades que se ocultaban
como liebres.
Era su modo de terminar con un "hágase así"
o con un "por favor" que palpitaba desde su pecho.
Era el compendio de su súplica.
El do de corazón de una romanza mística.
El deceso -caracol de estertores- de vocablos
demandantes,
humildes,
con las rodillas ganadas por el polvo.
Mayiuh -decían- y se quedaban a la espera...

Los dioses no sabían cómo salir de su inexistencia
para hacerles caso.

XOCHITL

Hay una infinidad de fragancias posibles
en las flores que crecen en el Nuevo Mundo.
El olfato puede extasiarse aquí recorriendo
la mayor galería de perfumes
del globo terráqueo.
Cada flor nos abre con su olor
un aspecto diferente de la existencia
o un capítulo de la memoria
que hojean los pulmones...
No obstante, el **cempasúchitl** no tiene aroma.
Electriza su entorno.
Ayuda al sol en sus faenas.
Se pone a competir con los canarios.
Pero no tiene aroma.
Me corrijo: es una flor
que a nada huele
porque huele a nada.

PECADOS

El templo de **Tlalzolteotl**,
diosa de las inmundicias,
era una verdadera **casa de comunión** de los indios.
Ahí, había quien vomitaba una serpiente,
quien devolvía un escorpión,
quien se deshacía de sus entrañas
y, con ellas, de un reguero de hormigas y tlaconetes.
Todos salían en paz consigo mismos,
sintiéndose purificados,
llevándose como regalo una mirada benévola del ídolo,
tras de haber vomitado sus animales
más íntimos.

**XOCHIQUETZALLI
FUGA DEL PARAÍSO**

Del beso robado y otras iniquidades

La seducción es una forma atemperada
de violación: fuerza a la resistencia femenina
a descobijar sus negaciones.

Obliga a la indiferencia o al recato
a cubrirse de escrúpulos y titubeos
e inmolarsse en la flama
de la astucia masculina.

La seducción llena de interrogaciones a la presa
-¿será posible? ¿será verdad que...?-
e inmoviliza los anticuerpos
del escudo.

La seducción, ay, produce un incendio
en algunas vivencias inflamables.

Introduce en la fortaleza, vía el oído,
sus relinchos de madera.

La seducción es untada por el tacto
a lo largo de la epidermis;
se acumula en los ojos del ave de rapiña
titilantes de deseo,
y vuela hacia su presa
con aletear amenazante
que se descubre buitre en la carroña.

La seducción, en fin, sabe que el beso robado,
el colocar una líbelula imprevista
a mitad de la boca,
es llave que contradice las decisiones inquebrantables
de la puerta,
genera vacilaciones en la duda,
desenchufa la idea del pecado
de la moral corriente,
y busca a lo largo y a lo ancho de la conciencia femenina
el escondite del consentimiento.

El flechazo

A veces, **Tezcatlipoca** estaba hecho de la estirpe
de los seductores. A veces.
A veces sabía adivinar en una arisca voluntad de hierro
las menudas aleaciones de lo blando
y se lanzaba a su botín
con tintineo de llaves y olfateo de cuchillos.

Un día, en medio de un alrededor de flores
que encarnaban el alfabeto de la envidia,
divisó a **Xochiquetzalli**
lavar su cuerpo en un arroyo
común y corriente.
El líquido se llevaba todo a su paso,
a su gerundio ondulante,
menos la belleza.
El dios espía fue testigo
de algo así como el inútil acto
de tratar de pulir la perfección,
enmendarle la plana a lo sublime,
acicalar los diseños de la excelsitud,
hacerle a un lado a lo superlativo
la falta de respeto
de la mácula.

Su corazón,
flechado por su propia apetencia,
se prendó de la diosa
y en las arterias del dios empezaron a circular
-codo con codo con la sangre-
la obsesión,
el sudor de las doce de la noche,
la idea fija que acaba por inmovilizar
a la propia cabeza
y el no dar las codicias y los sueños
de su brazo a torcer.
A la pasión en punto,
en el cuenco de sus manos,
sintió el fardo insoportable
de la ausencia de la carne
de **Xochiquetzalli**.
Sintió que no podía vivir
sin contar en sus haberes
con el sí de la diosa
y toda la galería de redondeces
de su cuerpo.

El estratega

Maestro de la insinuación.
de la palabra que vuela tomada de la mano del silencio,
estratega del golpe bajo,
señor de los puntos suspensivos,
prestidigitador de lo increíble,
Tezcatlipoca logró que la deidad,
"la flor preciosa",
se avergonzase, ahíta, del pudor
y su ondular de velos prejuiciosos
y después de muchas vueltas y revueltas
olvidara las llaves de su puerta
nada menos que en las manos
de su seductor.

Las torpezas de un amante

Tlaloc no había sido el amante de sus sueños.

Hacía el amor torpemente,
con rapideces de chubasco
y faltas de ortografía.

Se deshacía, sí, con llovizna de dedos
pero no, como ella prefería,
llenándola de las caricias lentas
que parecen cargar caparazón de tortugas.
Cuando la diosa se hallaba a punto de tener,
con el éxtasis,
el cielo a la mano,
él se hallaba sólo en las nubes,
contando el número de gotas
que tendría su aguacero.

El blanco

Como el amor de Xochiquetzalli por Tlaloc se desvaneciese
-recorriendo todos los matices de la palidez-
y su lecho, capitaneado por la zozobra,
hiciera agua,
las insinuación que le dirigió **Tezcatlipoca**
dieron en el blanco
y lo descompusieron en todos los colores
del espectro.

La graciosa huida

La diosa urdió una estratagema:
como quien no quiere la cosa,
abordó la ráfaga de pasos
de una fuga
que se hallaba ya encinta
de la entrega.
Lo hizo,
dejando en los dedos de su persecutor
un mapa de su rastro,
un índice alfabético de sus secretos,
mohines de lujuria,
una inocultable y contagiosa
descarga de libido
y el más inolvidable de todos sus movimientos
de cadera.

De pies a boca

Ante el temor de que otro dios
lo engañase
-como él lo hizo con **Tlaloc**-
y colocara a sus pies,
con su poder de seducción,
la rendida lubricidad de la diosa
de las flores
-como una gata enredada
en la bola de estambre de su concupiscencia-;
ante la posibilidad también
de que existiese un robo tolerado por la víctima,
una fidelidad segada por la astucia,
una conspiración a espaldas del descuido,
Tezcatlipoca
con un corazón que se sabe con los pies
puestos en el vacío,
con un cuerpo que se vive convertido en cadáver
ante el vuelo de buitre de la amenaza,
deslizó por el desfiladero
de la inseguridad
su rebaño de pasos en falso
hasta dar de pies a boca
con el aullido del lobo
de los celos.

Deseos

El celoso desea ceñirle un cinturón de castidad
a las rosas,
Ponerle párpados cerrados a las estrellas,
hacer un palomar para las coqueterías
de la amada,
rodear a la fruta con la indumentaria del erizo,
colocarle algunos brillos miserables a la plata,
enclaustrar a las perlas en ostras con vocación
de caja fuerte,
amputarle las alas a la magnificencia
del ave del paraíso,
encarcelar a toda diosa o mujer inolvidable por sus ojos
en sus ojos cerrados.

Inseguridades

Tezcatlipoca fue, pues, víctima de los celos:
cargaba a todas partes un incendio en las manos,
se escondía en no sé que rincones metafísicos
para llorar en secreto.
Arañaba las paredes de la sospecha.
Se decía: “si la paloma acudió a comer a la palma
de mi mano,
y dejó a **Tlaloc** bailando la danza venatoria,
sí, en la lógica del engaño,
diseñó magistralmente el silogismo de la apariencia,
¿por qué mañana no va actuar conmigo de igual modo?
¿Qué le habrá de impedir llevar a cabo
una ingeniosa variación del tema del disimulo
y entregarse a un nuevo desfloramiento
de la fidelidad?”.
Víctima de los celos,
le repugnaba pensar que sus manos
se ensuciaran, en la carne de su diosa,
con los charcos de pretéritas caricias.

La cárcel

Tezcatlipoca decidió poner manos a la obra.

Había que enclaustrarla.

Cercenarle el espacio.

Racionarle la cuota de pasos

o de nubes de polvo a sus espaldas.

Supervisarle las inquietudes

y espiar subrepticamente su menor aleteo.

¿Cómo llevar a cabo tal pretensión?

Le estuvo dando vueltas y más vueltas

al mareo del delirio.

Le torció el brazo a una imaginación

que, al fracaso de sus ímpetus,

tan sólo se quedó enredada en las pestañas.

Giró una vez y otra y otra

en redor de su ingenio;

mas acabó por hallar la respuesta

en un pliegue creativo de su angustia.

“Ya sé dónde encerrarla y cómo hacerlo”,

le balbuceó a sus ansias.

“No lo haré en una torre. Ni en un palacio.

Ni en una cárcel.

Lo haré en el **Tamoanchán**.

En un paraíso.

En un lugar conformado con avíos sobrenaturales

y materiales divinos.

Lugar donde la curiosidad

cambia de golpe sus pupilas

por un par de asombros parpadeantes

y desorbitados”.

¿Por qué no racionarle las veredas,

los polvos del camino,

los secretos puestos a germinar

a la espalda del numen?

¿Por qué no recluirla

encerrada a siete llaves en lo hermoso,

tenerla siempre a mano

para que el paraíso

no fracture su nombre en el deseo?

La prisionera

Xochiquetzalli fue instalada
en el mejor de los cielos posibles,
donde flores, frutos, colores,
pájaros, firmamento, estrellas
y un aire malabarista
que caminaba, balanceándose,
por la línea de su propia mano,
formaban el telón de fondo
de lo excelso.

La diosa se vio entonces recluida en la más perfecta
de las cárceles:

los muros, los barrotes, la cerradura,
fueron reemplazados por la belleza,
la beldad carcelaria:
las flores habían sido construidas
para mejorar las miradas,
los frutos para paladares inquisitivos y hasta extravagantes,
la brisa para la impertinencia de la canícula,
el agua para hacer que la limpieza
colocara a la piel en el glosario
de las palabras mayores.

La patria

Todo conjuraba para que la diosa
viviera el **Tamoanchán**
como la cuna de oro de su regocijo,
como los jardines de su propio cuerpo,
como su patria,
como la atalaya desde la que podía divisarse
la extranjería del mundo.

Imperio y cárcel

Xochiquetzalli

no podía verse como prisionera:
podría decirse que vivía en una prisión
cerrada por dentro,
en que las vueltas de la llave
-que emborronaban el afuera
y suprimían el universo-
no eran sino los movimientos circulares
con que la libertad se suicidaba.
Faltaba no obstante un nudo invisible
para atarla definitivamente a su terruño,
a este paraíso formado a la medida
de su arbitrio claudicante.

Tezcatlipoca meditó en ello.

Y la rodeo de una corte
de corcovados, genios femeninos, bufones,
damas de compañía
que, acompañándola a todas partes,
era como una cárcel dentro de otra,
como unos muros que acompañaban a la presa
en su ir y venir, en sus periplos
a lo largo y a lo ancho
del espacio alambrado y exquisito
del presidio perfecto.

Un árbol

Todo paraíso que se precie de tal,
 tiene que honrar a su centro
 con un árbol:
 un árbol de la sabiduría
 u otro de la ciencia del bien y del mal
 que carguen multitud de pequeñas puertas
 olorosas a manzana.

O uno con ramas florecidas de senos
 de pulpa líquida,
 caliente,
 amorosa,
 para las bocas huérfanas.

O, en fin, con un **Xochitlicacan**,
 aquel árbol de flores portentosas
 que, al desprenderlas,
 o con sólo rozarlas,
 daban dicha y fidelidad
 a los enamorados.

Xochitlicacan, “estar de pie Xochitl”,
 era un magno florero,
 un árbol que a partir
 del condensado fetal de la simiente
 germinaba en un tallo,
 se encaramaba en un tronco,
 y se multiplicaba en decenas de ramas y de tallos
 para ofrendar sus flores
 a la interrogación manual de los amantes.
 Flores que antes de marchitarse,
 de dejar de respirar (con el vaho de su perfume)
 y doblar su sien en el desmayo,
 reencarnaban, sí, en los troncos
 masculino y femenino
 de quienes,
 tras del enigmático roce afrodisíaco,
 se estrechaban y estrechaban
 para salir al encuentro,
 concupiscente,
 sudoroso,
 del principio de identidad hecho de carne,
 y hacerlo
 tras de dejar destrozada
 -como esas ruinas que llegan a su nivel de añicos-
 la soltera lamentación
 de sus pronombres.

Inquietud

Al centro del **Tamoanchán**
se erguía,
después de germinar
el milagro encapsulado en la simiente,
el árbol único.

Xochiquetzalli gozaba de su vista
y del efecto que generaba
en los corazones
y en el flujo y reflujo
de las manos.

Pero ella, asfixiada de paraíso,
tomando conciencia de los muros
de su prisión,
deseaba ahora abandonar el edén,
dejar a sus espaldas
la belleza elevada a su infinita potencia,
la excelsitud y sus brazos
de enredadera carcelaria.

La prisión la invadía hasta lo más profundo del cuerpo
convirtiendo a su tórax en mazmorra
de la cárcel.

La diosa no se resignaba
a enviar con sus servidores
-o con alguna paloma mensajera lujuriosa-
sólo mensajes clandestinos
a los dioses cuya ausencia resentía
en diversos rincones de su cuerpo,
y a vivir aventuras
efímeras,
agridulces,
en los sótanos asfixiantes del secreto
-hasta que el probo gallo del amanecer
se sacudía con los espolones trozos de neblina,
se concentraba en su pico
y, trucado en ovillo de pudor aleteante,
soltaba a voz en cuello la mañana.

La fuga

Para que **Tezcatlipoca** no sospechara de sus propósitos,
 en lugar de escaparse hacia afuera,
 salvando muros y prohibiciones,
 buscó hacia adentro la salida:
 dirigió la mirada al centro de su paraíso,
 al **Xochitlicacan**,
 se arrojó a su frondaje,
 se destruyó en sus brazos,
 se identificó con él,
 se hizo una con su nombre perfumado,
 con su semillero de árboles genealógicos,
 con la savia espiritual
 que lo recorre.

Las virtudes del árbol se reforzaron,
 no pocas flores se redondearon en manzanas
 las flores saltaron deshaciéndose en efluvios
 en búsqueda de amantes.
 También **Xochiquetzalli** acrecentó ahí sus atributos
 de diosa.
 Bachiller del frondaje,
 se hizo protectora de las flores, los renuevos,
 los bailes, los placeres,
 las citas que son claros del bosque,
 las mujeres embarazadas,
 que encontraron el semen en el trino
 de su pájaro.

No se ocultó a sí misma
 que había cambiado,
 achicándola,
 su cárcel por un calabozo
 o su noche por una gota de tinta.
 Pese a ello, no la embargó
 la desesperación
 gracias a los jilgueros o pinzones
 que, en emplumada alternancia,
 se detenían en el árbol despreciando al cielo
 o saltaban al cielo despreciando el árbol.
 Los vio volar. Llevar trocitos de cielo en el pico.
 Los vio partir de sus hombros
 y anidarse en sus manos.
 Los vio salir **en crescendo** en persecución de sus cantos.
 Cerró los ojos.
 Decidió imitarlos: plagiarles el impulso.
 Se arrodilló un momento.
 Encogió su cuerpo y sus brazos
 al interior del tronco y las ramas
 del árbol milagroso.
 Dio un salto.
 Logró que su afán de libertad
 aleteara con fuerza ganando centímetros y centímetros
 de altura.
 Y como en un parto,

siendo a un tiempo madre, hija,
pero también partera,
tras de quemar las naves
del cordón umbilical,
se evadió del **Xochitlicacan**,
del paraíso creado a la medida de sus sueños
y de las manos enmieladas y engañosas
de Tezcatlipoca.

Otro dios

Fue este el momento en que **Ehecatl**,
que atravesaba el firmamento con su majada de nubes,
la dividió en el punto en que ella se fugaba
del ramaje
con el mimoso gesto del perfume
o el éxtasis volátil del copal.
El señor de los vientos,
nuevo dios seducido,
como los otros dioses,
a su afán seductor,
crucificado por sus urgencias
le abrió los brazos,
la hizo suya,
y **zuum** se la llevó consigo
a un itinerario de puntos cardinales
ofreciéndole, con el don de ubicuidad,
el mapa detallado
de todas y cada una de las partes
que conforman el todo.

Encuentros y desencuentros

Por eso, desde entonces,
hay besos,
abrazos,
audacia y sus millares de ejemplares
de caricias,
entregas
y cunas de
vaivenes amorosos .
Y también desencuentros:
individuos que,
tras el portazo que dio el alma de la amada,
salen, con paso de perros callejeros,
a las calles
a mendigar caricias, miradas
o vocablos sin letras enemigas.

La obra de la diosa

Por ti, Xochiquetzalli, flor preciosa,
hay amor en el mundo,
hay abrazos, caricias y jadeos
con sus compases húmedos.
Por ti existe el desorden amoroso
del carnaval de instintos:
la subversión casera de la orgía
y el tacto sin prejuicios posesivos.
Pero, sacerdotiza de los tristes,
también eres la fuente
del beso arrodillado en el suspiro,
de la pálida faz amenazada
por la contradicción de sus ojeras.
En fin, de aquella angustia
que a veces nos embarga
cuando, ay, la pesadilla del insomnio
no nos permite nunca que las yemas
de nuestros dedos tengan
los párpados cerrados.

PUNTOS DE VISTA

El fraile
 escribía y escribía
 su horrorizada descripción
 de los sacrificios humanos.
 La repugnancia y la ternura
 mezclaban sus fronteras
 en el raudal furioso
 de su tinta.
 La distancia entre la doctrina de Cristo
 y las prácticas sangrientas de la idolatría
 medía un océano,
 o abarcaba el espacio y el tiempo
 que va de la barbarie
 y sus jeroglíficos salpicados de sangre
 al lenguaje
 en que la razón se encuentra arrodillada
 ante el cuadro portentoso
 de la creación.

Huichilobo, el dios azteca,
 no podía ser
 sino un demontre,
 una de las encarnaciones del Maligno,
 que, a su paso por las tierras
 del Nuevo Mundo,
 había dejado,
 con su cauda de azufre,
 concepciones nefandas
 y prácticas infernales.

Anocheció.
 El fraile ya no atinaba a ver lo que escribía.
 Y como fueran desapareciendo
 las últimas pepitas de luz
 -pues no lograba ya
 ni distinguir la punta de sus pestañas-
 y como deseaba continuar su diatriba
 contra los sacrificios,
 acarreó su mesa de trabajo
 a la plaza pública
 hasta situarla
 a la luz de la hoguera que, en el Auto de Fe, masticaba y deglutía, con voracidad
 canónica, al hereje

LOS PARAÍOS

I

Isagoge

El esqueleto alza en vilo la carne,
 la apuntala,
 le da el nombre de carne,
 la levanta ofreciéndola a los dioses
 o a otra carne encaramada también en su osamenta,
 impide que acabe por ser una de las innumerables cosas
 simplemente caídas
 u olvidadas de las manos (sin líneas de la vida) de Dios
 que se hallan regadas por el suelo.

Y sólo cuando el aliento se interrumpe
 y los pulmones van perdiendo el aleteo de las alas
 de la respiración
 -porque hubo un cataclismo en los riñones,
 el páncreas, el corazón o el deseo de vivir-
 la calavera sabe que va a convertirse en metáfora de la muerte,
 a hacerse una con ella
 a ocupar su mismo sitio,
 o uno de sus sinónimos,
 en el diccionario de la fatalidad,
 en fin, a caminar con sus pasos encimita de sus huellas y
 a identificarse de modo tal con la interrupción de la vida
 que a nadie se le podría ocurrir
 buscarle el pulso
 -el aliento tocando percusiones,
 deletreando vida-
 en la muñeca descarnada
 de alguno de sus brazos.

Aunque se muera dulcemente acurrucado
 en los senos de la almohada
 o se acabe presa de convulsiones, jadeos, gritos
 en una lucha a muerte con sábanas que tienen
 pretensiones de sudario.
 los estertores de la agonía
 son las primeras palabras del esqueleto,
 o de la muerte,
 o del olvido,
 en su pugna de independencia, porque
 en el tuétano de los huesos
 se esconden, ay, las últimas voces de la vida.

Después, la tierra de la sepultura
 o el fuego de la incineración,
 destruyen inexorablemente
 -sin dar respiración artificial
 a nada de lo efímero-
 los vestigios óseos que,
 amantes de la vida,
 se esconden de la resta implacable
 del segundero
 que carga el devenir sobre los hombros.

En el humus,
 a más de las larvas,
 de millones y millones de gránulos de tierra
 montoneros y voraces,
 los gusanos,
 ápices de rapiña,
 delincuentes que operan en los peores barrios
 de lo invisible,
 se convierten en la orilla antropófaga de la carne,
 de una carne que,
 infectada por el virus del tiempo,
 de la enfermedad incurable del desahucio,
 entregó sus respiraciones,
 su infarto de sandalias clavadas al suelo
 y el funeral de su pulso
 a los dioses,
 y hoy inicia
 en el convoy de la carroña
 su jornada a la extinción,
 al polvo que,
 se enreda en por el viento,
 da de bruces en el olvido.

La osamenta lucha por sacudirse,
 por desabotonarse
 la carne echada a perder,
 o echada a no ser,
 deseando que a la mayor brevedad
 atravesase los círculos infernales del mal olor
 y sea presa del proceso de limpieza
 del olvido.

Si el destino del cadáver no es abonar el suelo
 para hacerlo más productivo (con la materia,
 los cristales, el carbono, el oxígeno,
 las angustias y los sueños
 de los restos mortales),
 arrojando a su seno a los humanos
 que extraviaron lo porvenir
 en un corto circuito de la sangre
 o en el derrame cerebral del tiempo,
 sino que su futuro es el fuego
 y su bestiario de alta tensión,
 la cremación
 y su implacable canibalismo,
 la hoguera
 y su afán de masticar y masticar a sus víctimas
 hasta el hueso invisible del no ser,
 entonces,
 sólo entonces los humanos se tutean con la nada
 y se sumergen,
 naufragando hasta del cuerpo,
 en su desaparición de golpe o poco a poco
 en los tétricos abonos de la descomposición
 hasta ser hombres o mujeres a quienes se destruye,

quemándolos,
con todo y huellas.

II

Los aztecas pensaban que algunos hombres y mujeres,
niños y niñas,
privilegiados,
escapaban de esta regla de bronce de la desdicha,
de este destino emponzoñado,
de esta macabra escena en donde actuaban
la fetidez, los gusanos, el olvido,
en una palabra, el elenco completo de la corrupción,
y que, al morir, ascendían a uno de los ámbitos
hechos para que los mortales
se encuentren, haciendo regazo,
en una gloria sin intermitencias,
con frescura de oxígeno
manos desbordándose a sí mismas,
actitudes de ubicuidad.
El paraíso es un mundo donde se fumigan
las imperfecciones,
en que los colores, y más el amarillo,
son los principales terratenientes
y donde las banderolas y estandartes
que flamean llamaradas
dicen que en sus litorales la poesía
reduce a la prosa
a un puñado de ceniza
que se queja por no dar con sus alas.

...

Al este, en el **Ilhuicatl Tonatiuh**,
“el cielo del sol”,
iban los guerreros,
los sacrificados
-las criaturas del implacable, pétreo, sanguinario
vientre materno del **techcatl**-
aquellos que se dedicaban al trueque
de plasma por tiempo,
de corazones por la buena salud de las estrellas,
de vida por una jubilación en el jardín de las delicias,
un poder correr (o descansar) a pierna suelta
o un arrojarse a pestañear
en la parte más mullida
de la felicidad.

Ahí, en esa rapsodia en amarillo,
se dedicaban, no sólo a la fiesta,
a los arrumacos con su propio corazón,
a recorrer los laberintos del deleite,
también a grandes simulacros teatrales

de riñas, escaramuzas, batallas, contiendas
 que no se hallaban rubricadas
 por el sufrimiento y sus crepúsculos de sangre,
 sino que, en el festín de la fantasía,
 tenían al espejo como el principal de sus invitados
 y conferían el mando de las tropas en pugna
 a la señora belleza.

Cuatro años duraba la temporada
 de los guerreros en “el cielo del sol”,
 al término de lo cual,
 conducidos al cenit de su purificación,
 se precipitaban a la tierra
 en la forma de un chubasco
 de seres sobrenaturales
 que dejaba empapada de divinidad
 extensas regiones selváticas y agrícolas.
 Al llegar a tierra,
 los seres provenientes de “el cielo del sol”,
 se metamorfoseaban en tinzones, colibríes,
 en aladas pilas de energía
 que se alimentaban no sólo del néctar de las flores
 sino del temblor que en ellas
 deja el viento.

Al oeste,
 ahí donde se presenta la exposición cotidiana
 de crepúsculos,
 donde el cielo se recubre de parvadas y parvadas
 de bostezos,
 ahí donde se prepara el sol a iluminar
 el mundo de las sombras,
 la cara oculta de la tierra,
 las cordilleras, planicies, ríos, desolaciones
 de la otra dimensión,
 incluso los depósitos de alpiste
 donde van a alimentarse
 las aves de mal agüero;
 ahí donde se presta a iluminar
 la forma de las manos que cambian al calor de sus designios
 del **Mictlantecutli**,
 y las uñas larguísimas de sus consecuencias,
 ahí donde se halla el paraíso **Cihuatlampa**,
 “lugar de las mujeres”,
 iban a dar las madres muertas en parto,
 que morían en la brega
 por dar a luz un niño, un nahoa, un guerrero,
 un depósito de sangre para dioses,
 una criaturita que cabía más en el corazón
 que en el vientre.
 De este paraíso, tarde con tarde,
 emergían las **cihuapiltin**,
 las señoras,

con la temeridad armada hasta los dientes,
 a recibir al sol en son de guerra,
 a despojarlo de sus postreras energías
 y llevarlo en andas al ocaso
 y dejarlo morir en el pesebre
 de la noche.

Después se dejaban caer a la tierra,
 a los sitios despoblados,
 a las llanuras donde sólo deja oír sus ecos
 el silencio,
 bajaban
 con la cara enharinada por su palidez
 sin grumos reticentes,
 enfundadas en **huipiles**
 que realizaban, sugiriéndolo, un cuerpo pavoroso
 en pie de lucha,
 como lo hacen las enaguas
 con el pudor estrategia
 de la carne en cueros.
 Eran las **cihuateteo**, las mujeres diosas,
 los espectros,
 los fantasmas,
 ánimas del más allá
 que infestan estas tierras,
 estos rumbos,
 en el meridiano exacto
 de nuestras supersticiones.

A veces **Tlaloc**
 -o algunos de los innumerables
tlaloques en que se pulverizaba
 a conveniencia-
 se introducía de sopetón en los mortales,
 en sus vías respiratorias,
 en el naufragio exaltado de sus ojos,
 hasta que se formaba toda una inundación
 en los entresijos de estos seres,
 y los varones y las hembras
 tomaban a sorbos,
 a estertores,
 el trago amargo
 de la asfixia.

Los ahogados,
 los muertos por un rayo,
 los embarcados en la zozobra,
 los reclamados por el fondo del mar,
 los que servían de alimento a los gérmenes de tiburón
 de las pirañas,
 a las marejadas asesinas, contagiadas de lagarto,
 o a los peces-caníbal,
 reaparecían en el **Tlalocan**,

el paraíso de **Tlaloc**
 a restañar sus heridas y a desactivar sus miedos.
 Y allí disfrutaban de la paz,
 del reposo
 y del trabajo:
 sus sienes se sumergían
 en la almohada de plumas de la confianza
 y las manos hacían y deshacían,
 sin inquietud alguna,
 sus ademanes
 mejores.

Tierra fértil,
 abundante,
 riquísima,
 al cuidado nervioso del agua,
 del agua solícita,
 partera;
 tierra llena de plantas, flores, frutos,
 y una nube de pájaros dedicados a picotear
 las partes más dulces
 de la naturaleza.

El **Tlalocan** no encerraba a sus pobladores
 en el cuarto oscuro de la noche,
 no los hacía súbditos de la negrura,
 no los obligaba a entrar a un recinto
 que se abriese como la descomunal boca de lobo
 por donde aullara el viento.
 Pero en él tampoco imperaba
 a todo volumen,
 la luz del sol,
 la luz intrusa,
 la incineradora de secretos,
 la que, como el agua con el ahogado,
 cada vez que abrimos la boca
 se nos mete hasta los tuétanos...
 El **Tlalocan** se hallaba bajo la luz
 de ese sol demacrado y enfermizo,
 pálido y ojeroso
 de la luna.
 Si al iniciarse la noche
 el sol se arroja hacia el **Mictlán**
 (para que los huesos salgan del anonimato),
 al iniciarse el día
 la luna se esconde en el **Tlalocan**
 (**Tlaloc** es el padre
 de la luna)
 y así, sus habitantes pueden vivir discretamente,
 tomar baños de luna,
 hacer el amor en los parques,
 y salir de la mano
 a pasear con la poesía.

En el décimo tercer cielo,
 en el mismo lugar en que la parte y la contraparte
 del **Ometeotl**,
 el dios de dioses,
 jugaban perpetuamente a las vencidas
 o en que la unidad y lucha de los géneros

no era sino el forcejeo incesante,
siempre redivivo,
para dar con el tálamo
en que ambos quedaran encinta
de una esencia común,
se hallaba el **Chichihuacuahco**,
el sitio en que existía “el árbol nodriza”,
otro de los paraísos
al que podían ir a dar
o a rehacerse,
los individuos que fallecían,
que los ahogaba un suspiro
o que quedaban desbaratados.
Aquí acudían los niños muertos,
aquellos a quienes se atragantaba la vida,
a quienes se había robado el futuro,
a quienes se había dejado en cueros de itinerario,
a quienes se les quebraban los pies
habiendo dejado apenas a su nuca
la matriz fatigada.
En este paraíso todo era tierno y acogedor:
los insectos que volaban,
las flores que ensayaban siempre el mismo ballet
y el viento mismo que se vivía deletreando su propio nombre,
se pasaban todo el santo día
teniendo ademanes maternos.

El mar no llegaba a las playas
vociferando guturales y salpicando rumores,
sino cantando canciones de cuna
olorosas a leche
o regando la costa
con conchas, caracoles y pezones
de diferentes formas, colores y temperaturas.
Todos los lugares de este paraíso
no sólo se llamaban lugares,
sino que también se llamaban regazos.
Los cuatro puntos cardinales
lucían instinto maternal
y la naturaleza en su conjunto tenía la encomienda
de ser un jardín de niños
con manos que salían de todas partes:
de la maleza,
de los huecos de los muros,
de las piedras
o de los troncos de los árboles,
para atender,
lavar,

llevar consigo el modelo para armar
de un arrumaco
o doblegar la rebeldía de los cabellos infantiles
con la pomada
de la caricia.

Y al centro de todo se hallaba,
con su presencia de matrona
sujeta a la raigambre, pero ubicua,
el árbol de la leche,
el árbol floreciente de glándulas mamarias,
el árbol que naciera de una pequeña simiente
que incluía entre sus elementos constitutivos,
en su compendio de bosque,
esencia de nodriza.

El **Chichihuacuahco** había sido construido por los dioses
para tener,
en esa incubadora sideral perfecta,
un remanente de niños,
un panal de gotitas de miel,
un almacén de porvenires nonatos,
una reserva de hembras y varones
por si acaso.
Por si acaso
se descompusiera el mundo,
las aguas se devoraran a la tierra,
el cielo, prendido de alfileres,
volviera a desprenderse,
el desorden saltara de la conspiración
al golpe de mano
y los hombres, temerosos,
corrieran al **Mictlán**
a esconderse del horror ambiente
adentro de sus huecos.

EL MICTLÁN

Los **macehuales**,
tras de dejar en su camastro
el cadáver de su último suspiro
y algunas menudencias
de memoria,
dirigían sus pasos
al reino de los muertos,
al **Mictlán**,
llevando en su esqueleto
sólo el poco de carne
que buscaban pasar al más allá
de contrabando.

Después de dar con alguna de las muchas trampas
que oculta un lecho
(el áspid de un infarto
o la lanza hundida hasta la empuñadura
de una angina de pecho)
y vivir en sus ojos ya tapiados
el inicio
del desmoronamiento de los párpados,
dirigían sus pasos sabuesos
a su destino
tras de olfatear y olfatear
su móvil,
su sueño,
su propósito
que son prendas
de su meta
escabullida hacia el futuro.

Primera prueba

Apenas desembarazados de sus estertores
 -olorosos a mundo todavía-
 a los muertos,
 ambulantes,
 se les llenaban de líquido
 los ojos;
 pero no por el afán
 de tornarse su propio deudo
 y llorar,
 a desconsuelo tendido,
 su propia expiración,
 sino porque tenían frente a sí,
 largo,
 amenazante,
 bullicioso,
 el **Apanoayan**,
 “donde está el vado del río”,
 la caudalosa corriente
 con que se inicia el reino de los muertos.
 Allí se dirigían.
 Allí.
 A su único punto cardinal.
 Allí tenían que ir a buscar
 a tientas,
 con las yemas de sus dedos
 parpadeando,
 la ruta laberíntica al reposo.
 Allí tenían que echarse al agua
 como si se tratara de alguna de las piedras
 del puente que en el antiguo relato de otros tiempos
 unía las dos orillas.
 Allí escuchaban las llamadas del otro lado,
 voces en el idioma familiar
 de la promesa:
 catecismo de todo purgatorio.

Si los muertos no podían vadear el río,
 si, al avanzar en su nado,
 a mitad de su empeño y del torrente
 se desesperaban y se deshacían en lágrimas
 -como una barquichuela que hace agua-
 y tenían que retroceder hasta instalarse
 sobre sus huellas secas,
 estaban condenados a quedarse en este mundo,
 en el aquende,
 como ánimas trashumantes
 dedicadas al trabajo diario,
 al oficio,
 a la profesión
 del espanto.

Por eso, para ayudarles,
para disminuir el índice demográfico de espectros en la tierra,
los deudos, los sobrevivientes, los miedosos,
sepultaban al muerto en compañía
de un **techtli**,
un perrito con un lomo de color leonado
(lienzo con pinceladas de valentía),
gran nadador,
que ayudaba al difunto a pasar
de la orilla de los párpados abiertos
a la orilla en que los ojos parpadean
tan sólo telarañas.

Al terminar ésa, la inicial
de las nueve pruebas a que sería sometido,
el peregrino dejaba a su espalda
el culebreo del **Chignaguapan**,
otro nombre de este río,
que, pese a cambiar de piel
con toda sangre fría,
y dejar el pellejo del remanso
a sus espaldas,
no pudo, al readquirir su furia,
hincar en el cuello del nadador
sus colmillos chorreantes de ponzoña,
porque la mala intención
que flotó por un tiempo entre la espuma
fue arrastrada también por la corriente.

Segunda prueba

El muerto proseguía su camino, su búsqueda,
 su empeño de avanzar por los linderos
 más accesibles de su afán.
 Y después de varios días de caminar a salto de mata,
 a brinco de piedra,
 sin detectar las voces casi inaudibles
 del instinto de orientación,
 daba de pies a boca,
 con el lugar llamado **Tepeme Monamictia**,
 con dos montañas
 que se hallaban frente a frente,
 que no podían dejar de mirarse una a otra,
 arrojándose de cuando en vez
 manojos de yerbabuena,
 encarnando el resultado de una historia
 no de todos conocida:

En otros días
 la diosa **Mictecacihuatl**
 vio con malos ojos esta montaña
 porque se codeaba con las nubes
 se tumbaba a jugar con las estrellas
 y no inclinaba la cerviz
 al paso de las palabras mayores.

Puso la mano en forma de puñal de obsidiana,
 la blandió de arriba abajo,
 pronunció no sé qué palabras
 y el monte quedó partido en dos,
 en un par de porciones dedicadas a suspirar,
 a luchar por reunirse de nuevo,
 a buscar el puente, la amalgama,
 las palabras que empezaban a pronunciarse
 en una parte del monte
 y terminaban de decirse en la otra.
 Se pasaban días enteros
 meditando en cómo dar un salto
 hacia la primera
 persona del plural.
 Y a veces lo lograban:
 en ocasiones,
 en un lapso que duraba lo que dura un orgasmo,
 se tocaban,
 se enviaban caricias de polvo,
 se unían en algún escalofrío,
 cantaban a dos voces el principio de identidad
 y pensaban hallarse en los pródromos
 de la felicidad, cuando...
 cuando la diosa **Mictecacihuatl**
 volvía a escindir la montaña
 y a refocilarse con su división.
 El muerto sometido a pruebas,
 tenía que atravesar,
 entre las dos montañas,
 cabalgar en su prisa desbocada,
 poner el corazón en polvorosa,
 porque si no...

Antes de ello era indispensable
sentarse a la sombra de un árbol,
secarse con un pañuelo
las dudas en la frente,
calzarse los pies más ligeros,
medir distancias con los ojillos de pájaro
de la temeridad
y permitirle a los cerros asir
tan sólo la polvareda
dejada por el muerto a sus espaldas.

Al unirse, los montes
en vez de dar a luz
al niño de brazos de una polvareda común,
frecuentemente lo que hacían
era deshacer,
romper,
destartalar,
al peregrino incauto.
Por eso, el que salía avante de la prueba
y llevaba en su morral trocitos de amaranto,
se iba dándole mordiscos
a su alegría.

Tercera prueba

Continuaba su marcha.
Y de pronto aparecía, en un recodo de la ruta,
gigantesco,
llenando los cuatro puntos cardinales del ojo,
hurtándole tamaños al viandante,
el **ltztepetl**,
un cerro erizado de pedernales,
escarpas,
peñascos,
resbalones.
Y había que escalarlo,
pisotear su cúpula,
robar la soledad de las estrellas
y bajar por las faldas del sitio opuesto
sin resbalarse,
sin tropezar con alguna piedra
de mal agujero.
Monte de obsidiana,
se erguía como una ilusión,
un imposible,
un reto
que se refugia a veces
entre el pie y la sandalia
del peregrino,
para esa vocación alpinista
que no es sino el arranque,
el primer tramo,
el escarceo
de la pasión
por la astronomía.

Cuarta prueba

Si lograba su intento,
si el difunto se sentía impelido
por la brisa del entusiasmo
que soplabá sin reposo a sus espaldas,
si decidía proseguir su ruta
de puntos
y pupilas
y guijarros suspensivos,
entraba sorpresivamente al Cehuecayan,
a los ocho páramos
en que está siempre nevando,
en que la soledad aúlla por el frío,
habita y recorre estos lugares
donde las flores exhalan vaho,
los árboles tiritan
y el viento corre al crepúsculo
a calentarse las manos.

El viandante que logra llegar hasta aquí
debe saber cómo aguantar,
sin que el ánimo se le llague de tarántulas,
y sin que en su pecho se oiga
cómo castañetean las palpitaciones,
los gruñidos del cierzo,
los zarpazos del granizo.
Debe pasar de prisa,
cabalgando a dos piernas
su trote,
su galope,
su correr ya sin riendas, que levanta
las crines de su propia polvareda,
y pugnando porque los copos de nieve
que se van enredando en sus pestañas
no se vayan de pronto a evaporar,
tornándose de golpe en cataratas,
y poniendo a sus ojos callejones
sin salida .

Quinta prueba

El hombre continuaba a campo traviesa,
 por llanuras,
 alcores,
 congojas
 y por el desfiladero
 que impartía
 su perpetua cátedra de abismo
 y ponía entre signos de admiración
 el corazón con arrojo
 del peregrino.

Se cuidaba de dar un traspies
 con el pedrusco invisible de su precipitación,
 deshojaba la rosa de los vientos,
 y proseguía su ruta
 hasta dar con el **ltzehecayan**,
 los ocho coyados donde sopla un viento helado,
 cortante,
 que diríase parvada de cuchillos afilados
 que cercena todo lo que sale a su paso,
 todo lo que alza cabeza,
 todo lo que osa ser.

El peregrino tiene que planear
 la maraña de sus pasos.
 Agacharse.
 Olfatear los aromas del allende.
 Caminar a cuatro patas
 como el simio
 que al desprenderse del árbol
 es un fruto de sabor amargo,
 ya con sospecha de hombre.
 Reptar a ras del suelo,
 en la conciencia
 de que las sierpes,
 bajo el rugir de las ráfagas cortantes,
 afiladas en quién sabe qué piedra sanguinaria,
 son las únicas bestias
 que escapan de la vocación homicida
 del huracán.
 Arrastrarse a ras de la cautela,
 con el ojo avisor a pie de párpado,
 pero avanzar,
 seguir las instrucciones del zapato,
 cargar su utopía a media frente,
 ganar terreno
 y dejar a sus espaldas
 las batallas-contra-sí-mismo
 de un viento sacado de quicio,
 arremolinado,
 hambriento y sin presas,
 mordiéndose la cola,
 tornado sobre sí.

Sexta prueba

A pesar de su apariencia:
 oscuridad relativa, casi nula,
 como el café
 puesto a raya por los bramidos
 de la leche;
 riachuelos que se ríen
 del gesto adusto y malhumorado de las piedras;
 árboles que platican en silencio
 con el ir y venir
 de la paloma mensajera
 de su telepatía,
 en **Tecoylehualoyan** hay un sitio
 no menos pavoroso:
 aquí hay una maleza exuberante,
 un bosque en que lo verde y el pavor
 bailan su carnaval y hacen su agosto:
 la mirada abre los brazos a lo verde
 que aquí está iluminando a la belleza,
 pero los corazones
 -tiritando latidos- se congelan
 y el dedo sobre el labio del silencio
 hace que los rumores,
 los castillos de arena y de saliva,
 los murmullos, las palabras
 se ahorquen en la punta de la lengua.

No es menos pavoroso
 porque algo siniestro,
 hórrido,
 nefando
 se rumorea de él,
 y los los rumores,
 esas voces sin garganta,
 sugieren,
 chisporrotean,
 gritan que en este punto
 vive un tigre entre los matorrales
 que busca deliberadamente
 confundirse con ellos:
 tras del rosal sus ojos
 pasan por ser dos rosas parpadeantes;
 sus uñas contráctiles permanecen
 al parecer pacíficas y quietas
 fingiendo montar guardia en algún tallo
 como cualquier espina;
 lo negro y lo amarillo de su lomo
 parecen ser las huellas de una noche
 a codazos sacadas por el sol
 de su palacio oscuro;
 sus colmillos que a veces parecieran
 destilar una gota de saliva
 semejan ser algunas de las puntas
 de esas hojas que sueltan
 rocío mañanero,
 sus bigotes, en fin,
 entre las telarañas se confunden,

y, como ellas, esperan
 que les llegue el momento.,
 y el ron ron persistente,
 con que se motorizan sus entrañas,
 cuando está saboreando a pleno sueño
 sus víctimas posibles,
 diríase el sonido monocorde
 de la fuente.

Pero el tigre,
 aunque se confunda con su entorno,
 se halla allí;
 aunque imite a los insectos
 que esperan, verdemente,
 quietecitos,
 como partes de un tronco
 puestos fronterizos de su clorofila
 o tallos puestos solamente a florecer,
 se halla allí;
 aunque finja encontrarse destrozado
 con sus miembros,
 sus partes, sus sentidos
 dispersos por el bosque
 y parezca, en el ambiente,
 un rompecabezas sin armar,
 con sus piezas entregadas
 a una guerra intestina, se halla allí
 se halla allí
 como monarca de sus latitudes,
 cambiando de nombre de repente,
 llamándose en veces sospecha,
 en ocasiones amenaza,
 y de común colmillos tras la carne
 o desgracia irremediable.
 El tigre se halla allí,
 a golpe de garra. No es una bestia pacífica,
 soñadora,
 es carnívora y violenta
 -su olfato es una amenaza mortal
 paracualquier tyrozo de carne
 distraído-;
 pero ya no consiente otro alimento
 que el corazón humano:
 ha adquirido predilección por las ansias,
 las ensoñaciones, los cánticos de libertad,
 las esperanzas que en él pululan.
 En fin, por el relleno
 de la víscera.

No puede permanecer un día sin localizar a su presa
 en algún punto de su pupila.
 La presiente, la sabe a la vuelta de su espera,
 la acecha. la sigue, sin mover sus patas,
 con el sigilo del reojo.
 Tiene devoramientos ideales, anticipados, enfebrecidos
 en el estómago.
 Ratonera del Mictlán, el estómago,
 extraviado en la flora y en la fauna
 de un hambre insatisfecha,
 se encarama al delirio de la gula
 y hasta llega a sufrir la pesadilla

de un desmoronamiento de colmillos
en una dentellada.

Piedra de sacrificios viviente,
salta sin titubear sobre su víctima;
sabe que el lugar en que reside
su bienquisto manjar
siempre se halla en el rumbo de esa carne
donde va a refugiarse todo el miedo.
Pero el felino sufre de mala vista:
confunde un girasol con un canario mudo,
piensa que a la orilla del río,
plagada de lagartos,
hubo una tala de árboles,
ve con temor a veces
la liana del ramaje, creyendo
que su punta se encuentra envenenada.
El viandante difunto
carga una piedra de jade en su mandíbula
-puesta ahí en sus funerales
como postrero bocado de esperanza-
para que el felino, que se alimenta de corazones,
la confunda con uno.
El peregrino se presenta a su enemigo,
mostrando,
no mostrando,
lo que trae entre dientes
y saboreando con gusto su estrategia;
mantiene la ilusión
de que en los inseguros ojos del tigre
el jade se ponga a madurar
-a ganarle el rojo al verde-
y también mostrar una suerte de latidos
debida a su castañeteo de dientes,
y así finja ser de cabo a rabo
el fruto pectoral,
el hondo seno, rebosante de jugo,
que sale a la intemperie
a la búsqueda de que alguien
se ponga a amamantarlo.

Y cuando el tigre,
tras de arrojarse sobre su presa,
regocijado,
encuentra el mentido corazón,
se lo pasa de una garra a la otra,
lo sigue con los ojos,
mide su espesor,
se imagina, sopesándolo,
el tamaño de su placer futuro.

Y en eso... se descuida. Se distrae.
Le dice palabras amorosas
a su estómago,
antes de que lo invada la sorpresa y el enojo...

Y entonces, pulso en mano,
el viandante decide
poner los pies,
y el ánimo,
y la brújula

enpolvorosa.

¡Y hete aquí la oportunidad
de salvar ríos,
arenales,
grutas,
despeñaderos por los que se viene abajo la avalancha
de sus pies en fuga!

Y también,
desde una prudente distancia,
de ver el peligro dejado a lo lejos
-el huracanado enojo de la bestia-
ya, por fin, desactivado,
como una amenaza de juguete,
un borrón sin cuenta nueva,
y aunque cada vez más furioso,
volviéndose pequeño, minúsculo ,
inofensivo: un incidente en el espacio.

El viajero deja a sus espaldas
ese recuerdo indeleble en que algo de las huellas
rehusa separarse
de su pie.

Séptima prueba

En el lugar llamado Apanhuiayo
 vivía el agua negra,
 agua de malas entrañas
 y de pocos amigos.
 ¿Dónde estamos?
 En la región más oscura y abisal
 del reino,
 en que los buitres engarrotados en su rama
 resultan la parte menos triste del paisaje.
 El agua de la laguna es tan negra
 como aquella en que se bañan los niños ciegos.
 De vez en cuando,
 el viento se acuerda de soplar
 y, dispersando a todas partes
 la polvareda de las doce de la noche,
 se desliza sobre la laguna
 inquietando
 en inestables reacomodos
 los témpanos de la negrura
 y barriendo hacia el barranco
 ascuas de luz intrusa y obsesiva.
 Se trata de la parte más oscura del Mictlán.
 Lugar donde los grises
 son los únicos que hablan,
 por aquí, de lo blanco:
 rendijas nada más
 para una audacia,
 mediocre disidencia.

A todo, se descubre,
 chapoteando en sordina,
 una excepción:
 la verde lagartija de pupilas en llamas,
 que se desliza en pianísimo
 -como una h muda entre la algarabía
 de otras letras-
 sobre el agua pautada...

Diversas formas usa la bestia
 para vencer a su víctima:
 primero, con el carbunclo de sus ojos,
 la mira profundamente
 hasta que, hipnotizándola,

le mutila los pasos,
y hace que se pierda en el laberinto
de su sentido de orientación enmarañado.

Y así como el imán
tras de atraer a su objeto,
conserva, en su superficie,
esquirlas o virutas de metal,
los ojos de la bestia se quedan,
después de inmovilizar a su presa,
con virutas de voluntad vencida,
con muñones o carnezuela
de brazo heroico.

Después
suelta la lagartija por sus fosas nasales
una humareda narcotizante
Se trata de un humillo que transforma
las mariposas en flores
(que sueñan en su propio aroma),
los pájaros en frutos
-pájaros dulces, sí, pero con las alas cercenadas
y en el suelo-
y los hombres en esculturas
como inmovilizados para siempre
por la soberbia de las encrucijadas.

A continuación, con su lengua retráctil,
toma del cuerpo de su presa
pedazos de carne,
los ensaliva,
los enclaustra en un pronombre posesivo,
y se los zampa
para después devolverlos convertidos
en lagartijas,
en la progenie vasta,
ruidosa y voraz que ostenta ya
los primeros brochazos de lo verde
y en aquella morralla o etcétera de reptiles
que navegan tras su madre
estudiando sus pasos y festejando
sus gestos homicidas,
y que van a su espalda
diciendo con chillidos que el infortunio
no tiene en este lago ni el riesgo,
ni las lagartijas,
ni las horas contadas.

Algunos, sin embargo, se escabullen.
Saben, sienten, olfatean la presencia del reptil
en los alrededores de su cuerpo
y en los bordes del alma..
Pero no yerguen la vista,
aunque un trino les hable
de un surtidor de flores hacia el cielo.

Caminan con los párpados convertidos en escudos,
entrecerrados,
como queriendo esconder en lo invisible
a los viajeros
y con las miradas arrastradas por el suelo
como el soldado vencido.
Rehuyen ser hipnotizados, adormecidos, deshechos.
Se agachan y se ponen a salvo
del ojo,
del narcótico ambiente
y de la lengua
del peligro.
Corren.
Se vuelven **tlatoanis**
de sus pies,
le dan a sus sandalias carta abierta
hasta llegar al fin
a la sierra madre de la seguridad,
al collado en que su corazón
recoge su ganado de latidos,
los encierra en el pecho
y permite que ahora salgan de él
tan sólo uno por uno...

Octava prueba

La frente del difunto. Ahí graba el destino
 los garabatos de su decisión:
 el sendero, por ejemplo, en el que yerra,
 conduce inexorablemente a la planicie
 de **Chiconauhuapan**,
 donde bullen nueve ríos que se entrecruzan,
 como en un nidal de serpientes,
 intercambiando espumas, encolerizamientos,
 ahogados,
 y en que el viajero tiene que pasar por estrechos lugares
 entre piedras. Los ríos son torrenciales,
 con agua envenenada por el movimiento,
 con un fondo tan profundo
 que ni un árbol parado de raíces podría tocarlo
 y sacar su frondaje a respirar
 o a florecer miradas hacia el cielo.
 El agua inestable, turbulenta, impredecible,
 no consiente ningún lanchón,
 canoa, trajinera
 o nadador confiado
 en la seducción que ejerce la otra orilla
 en sus brazos, sus piernas, sus fosas nasales.
 Entrar al agua es bautizar la niñez
 del naufragio,
 hacer que la búsqueda de la recompensa
 que da el **Mictlantecutli**
 -colgar en el pecho la medalla
 del propio corazón-
 termine, derrotada, en el fracaso.

Un agua tan furiosa,
 tan amarga,
 tan carnívora,
 hace que los peregrinos,
 los muertos,
 los que buscan el galardón del descanso,
 de las manos crucificadas en el pecho,
 prefieren ir por difíciles lugares
 entre peñascos,
 con mirada de insecto,
 olfato de libélula, radar de pezuña.
 Tal vez el ánimo flaquee.
 Tal vez pierda el viandante
 las últimas estrellas de su alforja
 tras de saltar sobre una madriguera
 de ortigas.
 Tal vez se le rompan las sandalias
 o los ánimos.
 Tal vez, deshecho en sollozos,
 viva el pleamar del llanto.
 Tal vez su caminar hacia la meta,
 con cefaleas de polvo,
 se desoriente,
 pierda el sentido,
 se maree en los laberintos del apremio,
 se astille la frente en un callejón sin salida..
 Quizás el culebreo de la ruta

formada de guijarros,
lascas,
guijas,
hinque sus colmillos y el veneno del extravío
en el calcañar
del viador alucinado.
Quizás al caminante no le falten la ruta,
ni la meta,
ni el sueño,
sino sólo los pies,
la atmósfera del ir,
cachos
de geografía.
Tal vez.
Quizás.
No es imposible.
Pero también el peregrino
puede salir triunfante:
dar, en el día más pensado,
con el pasadizo secreto,
que discurre por la cara oculta de lo
obvio,
con la atalaya
en la cual el presente es el vigía
que mira a sus espaldas la estela de
una marcha
y con su frente en alto
que rompe con la quilla
de su obsesión
los vientos del futuro.

Novena prueba

El viandante llega al fin
 -al fin finado-
 al final de su camino...
 Lugar en donde ondean las banderas,
 cantando a voz en cuello la victoria
 del aire -que es el único que goza
 del don de ubicuidad en este mundo;
 en donde el ruido abandona su capullo
 para volverse música de seda,
 en donde el tecolote
 halla en ciertos silencios el momento
 de que salga el cucú de barro de su entraña
 con todo y partitura
 y se sume al estruendo
 que hacen los cascabeles, las sonajas
 y el pájaro que entona un rascacielos
 de trinos procesados por las nubes
 hasta volverlos lluvia
 tintineante.

Chignahumictlán se llama este paraje
 del reino de las sombras,
 Aquí el **Mictlantecutli** y su comparte
 miran a los viajeros,
 los ven de arriba abajo,
 les revisan su cuota obligatoria
 de proezas
 y dan su veredicto...

Aquí los númenes reciben
 presentes que les llenan de entusiasmo:
 rodillas convertidas en polvo,
 manos que han amasado sus propias llagas,
 sufrimiento que lleva a arañar las paredes.
 Sumisión absoluta.

A quienes han salido victoriosos,
 los dioses ponen en sus sienas
 la presea máxima que se puede hacer
 al hombre fatigado: la paz del reposo,
 la anulación del tiempo y sus hormigas,
 el descanso de sí.
 Aunque en algunos es la sala de tortura
 de la espera,
 el **Mictlán** es entonces también un paraíso,
 o mejor: los andenes
 para entrar al paraíso.

Esta mitología
 habla de que a los hombres les espera
 doblemente morir:
 primero como humanos
 y después como espectros
 que se ponen a no ser,
 que sienten cómo cae,
 se desmorona
 el esqueleto anímico
 que carga, para ser, todo fantasma...

Con la primera, muerden el polvo
 y cambian el contenido de sus pulmones;
 con la primera, en su boca asfixiada,
 sólo conserva la invisible respiración
 de los gusanos;
 con la primera,
 el eco de sus últimos latidos
 abre en el pentagrama de ultratumba
 la clave musical para el rumor inaudible
 del silencio:
 con la primera, en fin
 -cuando la cárcel del cuerpo
 se torna el más vesánico de los torturadores-,
 el preso se hace prófugo y la cárcel
 encuentra en unas ruinas de carroña
 su vocación de huella.

Con la segunda, los hombres
 son ánimas noctívagas,
 flores que baten los pétalos
 hasta liberarse de sus raíces,
 meditación sin jaqueca,
 ideas fijas, terquedades, delirios
 sin cerebro.
 Dolor de cabeza que perdura en el ahorcado.

Con la segunda,
 el sentido del viaje
 no es pasar de una alcoba a otra,
 sino arrojarse por la ventana.
 Ya no es tener estertores de capullo
 para volverse mariposa
 de alas negras,
 libre al fin,
 sino aletear, con cada vez más cansancio,
 o con alas que se van poco a poco empequeñeciendo,
 hasta hallar, en la flama,
 su parálisis, su frenazo, su infarto de
 ceniza.

El **Mictlán** no sólo abarca los litorales del otro mundo,
 sino que es el gran hacedor de fatigas,
 el gran orfebre de entusiasmos arrepentidos,
 de pesimismos carismáticos,
 de desánimos militantes,
 de alaridos a la luna
 de quienes piden de rodillas
 ya no ser.

Aquí ocurre lo mismo que a lo largo de un día
 común y corriente:
 en cierto momento
 -a veces por la tarde y las más por la noche-
 cuando el reloj
 a campanadas
 da el cansancio,
 al vigor se le entristecen los ojos,
 los músculos piden llorando los abiertos brazos
 de algún catre,
 las palabras bostezan

y el corazón se arroja
al primer regazo de almohada
que salga a nuestro encuentro.

Cada prueba,
cada estancia,
cada trabajo,
le roba a los manos y al empeño,
a las piernas y a la parte vigía del atisbo,
raudales de energía,
de afán en pie de guerra,
como si buscara la metamorfosis
-ya con paso muy lento -
de la liebre y su rastro en polvorosa
en la tortuga frenada por su pobre entusiasmo.
Los hombres,
los difuntos ambulantes,
cada vez son más y más fantasmas
en una evolución tendiente a cero.
La autoconciencia en ellos se hace espanto.
El recuerdo de la vida
se les va desmoronando
como la jaula rota, empobrecida,
que deja a sus espaldas
el pájaro en su fuga.

Hacedor de cansancios,
de manos convertidas en muñones,
el **Mictlán**
hace que todos se desvivan por,
busquen,
sueñen,
corran hacia
el descanso,
el dormir definitivo,
la pupila dilatada hasta integrar
la noche eterna,
los latidos inmolados en el pulso
cuando
la partitura es arrugada y derruida
por el silencio,
la mirada se evapora de los ojos,
el tacto se derrama hasta la tierra
y en la almohada el no ser halla su hueco...

Oh **Mictlán**
tu mundo es la antesala de un descanso
paradisiaco, tierra prometida
a quienes ya no pueden con su cuerpo,
ni tampoco con su alma.
Un paraíso más, el más redondo,
perfecto y acabado,
en el seno del cual
se extiende,
dulce,
tierno,
amoroso,
con su gesto de abrazo maternal,
el eterno regazo de la nada.

ÍNDICE

En torno a *La memorialia del sol* de Enrique.....2

Homo faber..... 6

MITOLOGÍA DEL TIEMPO.....8

Proemio.....9

Primero sol.....13

Segundo sol.....18

Tercero sol.....22

Cuarto sol.....25

Interludio.....28

Quinto sol.....31

Sol de agua.....45

Reflexión.....47

En Teotihuacan.....48

La caída.....49

La interrupción.....51

Apoteosis. Monólogo de Quetzalcóatl.....53

Sinonimias.....54

Teofagia.....55

Treno.....57

Oda al espejo.....59

Aguamiel.....61

Al amanecer.....63

Una huella.....64

En manos de Tlaloc.....66

Verbo.....69

Etimología.....71

Ir al rescate.....72

Nuestro señor desollado.....73

Lo de siempre.....81

Xóchitl.....82

Pecados.....83

XOCHIQUETZALLI O FUGA DEL PARAÍSO.....84

Del beso robado y otras iniquidades.....	85
El flechazo.....	86
El estratega.....	87
Las torpezas de un amante.....	88
El blanco.....	89
La graciosa huida.....	90
De pies a boca.....	91
Deseos.....	92
Inseguridades.....	93
La cárcel.....	94
La prisionera.....	95
La patria.....	96
Imperio y cárcel.....	97
Un árbol.....	98
Inquietud.....	99
La fuga.....	100
Otro dios.....	102
Encuentros y desencuentros.....	103
La obra de la diosa.....	104
Puntos de vista.....	105
Los paraísos.....	106

EL MICTLÁN.....114

Los macehuales.....	115
Primera prueba.....	116
Segunda prueba.....	118
Tercera prueba.....	120
Cuarta prueba.....	121
Quinta Prueba.....	122
Sexta Prueba.....	123
Séptima prueba.....	127
Octava prueba.....	130
Novena Prueba.....	132

